

TRABAJO

OBRAS DE EMILIO ZOLA

de venta en esta Casa Editorial

<i>Naná</i>	2 tomos
<i>L' Assommoir</i>	2 »
<i>Teresa Raquin</i>	1 »
<i>Los Misterios de Marsella</i>	1 »
<i>La Débacle</i>	2 »
<i>Lourdes</i>	2 »
<i>Roma</i>	2 »
<i>Paris</i>	2 »
<i>Fecundidad</i>	2 »
<i>Trabajo</i>	2 »
<i>Verdad</i>	2 »
<i>Epistolario</i>	1 »
<i>Sidonio y Mederico</i>	1 »
<i>Virgenes y cocottes</i>	1 »
<i>La confesión de Claudio</i>	1 »
<i>A orillas del mar</i>	1 »
<i>El capitán Burle.</i>	1 »
<i>Naida Micolin</i>	1 »
<i>La voluntad de una muerta</i>	1 »
<i>Santiago Damour</i>	1 »
<i>La fiesta de Coqueville</i>	1 »
<i>Sin trabajo</i>	1 »

LOS CUATRO EVANGELIOS

TRABAJO

POR

EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN

DE

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

Cuarta edición

TOMO SEGUNDO

BARCELONA

Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 166.

Sucursal.—Calle Espoz y Mina 15
MADRID



Maucci Hermanos.—Cuyo 1070
BUENOS AIRES

DONACIO
R. 00091
N. 3

ES PROPIEDAD DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI

TRABAJO

LIBRO SEGUNDO

III

(Continuación)

Pocos días después otro encuentro acabó de entenebreecer á Lucas. Bajaba del horno alto con Bonnaire y pasaron delante de los hornos de Lange. El alfarero se había obstinado en no dejar el estrecho terreno que se le abandonaba en la pendiente peñascosa y que había rodeado de una pared de piedra sin argamasa. En vano Lucas había querido llevarlo consigo ofreciéndole dirigir la fabricación de crisoles que había tenido que crear. Lange quería seguir libre, sin Dios ni amo como él decía. Continuaba, pues, en el fondo de su salvaje agujero fabricando cacharrería ordinaria, las marmitas, pucheros y barreños que luego paseaba en un carricoche por los mercados y las ferias de las aldeas vecinas. El tiraba, la Descalza empujaba. Y aquella tarde volvían de una de sus excursiones cuando Lucas y Bonnaire llegaban á la puerta del recinto.

—¿Qué tal, Lange?—preguntó cordialmente el primero.—¿Qué tal marcha el comercio?

—Siempre bastante bien para que el pan no falte, señor Lucas. Ya sabe usted que es todo lo que pido.

En efecto, no paseaba sus pucheros más que cuando el pan faltaba. Y lo demás del tiempo se entregaba á sus trabajos de alfarería que no eran para la venta; horas y horas los miraba con ojos soñadores, como poeta rústico cuya pasión era dar vida á las cosas. Hasta los objetos groseros que fabricaba, las ollas y barreños mostraban cierta graciosa sencillez, pureza de líneas, una gracia sencilla y arrogante. Hijo del pueblo, por instinto había dado con la primitiva belleza popular, esa belleza del humilde objeto doméstico, que nace de las proporciones perfectas y de la adaptación absoluta al uso á que se destina.

Impresionaba esta belleza á Lucas que examinaba algunas piezas no vendidas, dentro del carro. Y la presencia de la Descalza, la buena moza morena, tan hermosa, con sus miembros finos de combatiente, su seno pequeño y duro de guerrera, le llenaba también de una admiración mezclada de asombro.

—Eh, ¿qué tal?—añadió dirigiéndose á ella;—debe de ser trabajoso empujar todo el día.

Mas ella, criatura silenciosa, no hizo más que sonreír con sus grandes ojos de salvaje, mientras el alfarero se despedía por ella:

—¡Bah! se descansa á la sombra, á la orilla del camino cuando se encuentra una fuente... ¿Verdad, Descalza, que no vamos mal, que somos felices?

Había vuelto ella hacia él los ojos que se llenaron de una adoración sin límites, cual si fuera el señor todopoderoso y bueno, el salvador, el dios.

Luego, sin decir una palabra, acabó de empujar hacia dentro el carricoche y lo colocó bajo un cobertizo. Lange le había seguido con una mirada de profunda ternura. Hacía á veces como que la trataba con rudeza, como vagabunda recogida en un camino, cuyo domador quería seguir siendo. Pero ya era ella el ama; la quería con pasión que no confesaba, que ocultaba bajo su aspecto de hijo de aldeano zafio todavía. Este hombrecillo rechoncho, de cabeza cuadrada, de pelo

y barba enmarañados cual maleza, era, en el fondo; de una infinita dulzura amorosa.

De repente añadió, con su franqueza brutal, volviéndose á Lucas á quien afectaba tratar como á un camarada:

—Y vamos á ver, ¿eso de la felicidad de todos, parece que no marcha bien? Por lo visto no quieren ser felices en la forma que usted pide, esos imbéciles que consienten en encerrarse en su convento de usted.

Hablaba á lo socarrón; así embromaba á Lucas siempre que le encontraba, con motivo de la tentativa de comunista fourierista de la Crécherie. Lucas no hizo más que sonreír y Lange añadió:

—Se me figura que antes de seis meses se vendrá usted con nosotros, con los anarquistas... Se lo repito una vez más, todo está podrido, no hay más que echar por tierra la vieja sociedad, á fuerza de bombas.

Bonnaire, que hasta entonces había callado, intervino de pronto:

—¡Oh, á fuerza de bombas, qué imbecilidad!

El colectivista puro, no estaba por los atentados, por la propaganda por el hecho, aunque creía en la necesidad de una revolución general y violenta.

—¿Cómo imbecilidad?—exclamó Lange ofendido.—¿Cree usted que si no se preparan los burgueses vuestra famosa «socialización» de los instrumentos del trabajo vendrá nunca? Lo imbécil es vuestro capitalismo disfrazado. Comenzad por destruirlo todo para reconstruirlo todo.

Continuaron, en lucha la anarquía del uno con el colectivismo del otro, y Lucas ya no tuvo más remedio que oírlos. Tan lejos estaba Lange de Bonnaire, como éste de Lucas. Oyéndoles, se les hubiera creído por la aspereza y malignidad de la disputa hombres de razas diferentes, enemigos seculares dispuestos á devorarse sin acuerdo posible. Y, sin embargo, la misma felicidad para todos los seres, se juntaban en el mismo objeto: la justicia, la paz, el trabajo reorganizado, dando el pan y la alegría á todos. ¡Pero qué furor todavía, qué odio agresivo, mortal en cuanto

se trataba de entenderse acerca de los medios! A lo largo del camino tan arduo del progreso había, á cada alto, entre los hermanos en marcha, todos inflamados del mismo deseo de emancipación, batallas sangrientas por la simple cuestión de saber si se había de echar por la derecha ó por la izquierda.

—Y después de todo, cada cual es dueño de sí mismo—acabó por declarar Lange.—Adormézcase usted si place, camarada, en su nicho de burgués. Yo sé bien lo que debo hacer.... Y la cosa marcha, marcha; los regalitos, las marmitas pequeñas que iremos á depositar el mejor día en casa del sub-Prefecto, del alcalde, del presidente, del cura, ¿no es así, Descalza? Famosa excursión. ¡Je! ¡Je! ¡La tal mañana! ¡con qué gusto empujaremos la carreta!

La arrogante buena moza había vuelto al umbral donde se destacaba soberana y escultórica entre las rojas arcillas del cercado. Otra vez brillaron sus ojos, sonrió como sierva que se ha entregado, dispuesta á seguir á su dueño hasta el crimen.

—Está en el ajo, camarada—añadió Lange con tono brusco y tierno.—Me ayuda.

Lucas y Bonnaire se fueron, no enfadados, aunque no se entendían. Y caminaron un rato en silencio. Luego el obrero sintió necesidad de volver á sus argumentos de probar una vez más que no había salvación posible fuera de la fe colectivista. Condenaba á los anarquistas como á los fourieristas; á éstos, porque no se apoderaban inmediatamente del capital, á los otros porque lo suprimían violentamente. Y Lucas pensaba otra vez que la reconciliación no era posible más que en la ciudad fundada al fin, cuando todas las sectas se aplacaran ante el sueño común realizado. Ya no habría disputas sobre el mejor camino, se habría llegado al fin deseado por todos y la paz fraternal reinaría. ¡Pero qué inmortal inquietud le causaba el largo camino que aun se había de recorrer, y qué temor tenía de ver á los hermanos devorarse unos á otros en su marcha!

Lucas volvió á su casa muy triste por estos continuos choques, obstáculos todos para su empresa. En cuanto dos hombres querían hacer algo, ya no se en-

tendían. Después, en cuanto estuvo solo se le escapó aquel grito que sin cesar henchía su corazón:

—¡Si es que no aman; si amasen, todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol!

También Morfain le daba qué pensar. En vano había querido civilizarle un poco haciéndole abandonar su agujero de roca para bajar á vivir en una de las casitas claras de la Cr cherie. El maestro fundidor siempre se había negado con obstinación con el pretexto de que all  arriba estaba más cerca de su trabajo, siempre alerta. Lucas se entregaba   él completamente, le dejaba dirigir el horno alto que funcionaba   la antigua, esperando las baterías de los hornos eléctricos, el empeño que seguía Jordán sin cansarse nunca. Pero la causa verdadera de la obstinación de Morfain en no bajar á vivir entre los hombres que poblaban la ciudad nueva era el desdén, casi odio que le inspiraban. El, el Vulcano de los tiempos primitivos, el conquistador del fuego, el obrero aplastado después por la larga esclavitud, dando su esfuerzo como héroe resignado, acabando por amar la sombr a grandeza del presidio   que el destino le humillaba, irrit base ante esta fábrica cuyos obreros iban á ser señores, avaros de sus brazos, reemplazados por máquinas que niños guiarían pronto. Aquello le parecía pequeño, miserable; aquel af n de sufrir lo menos posible, de no batirse más con el fuego y el hierro. No comprendía siquiera; se encog a de hombros, sin una palabra en los largos silencios que guardaba durante días enteros. Y muy solo, muy orgulloso seguía al costado de su mont a, reinando sobre el horno alto, dominando la fábrica, que cuatro veces cada veinticuatro horas coronaban de llamas las sangrías brillantes.

Otro motivo además causaba el enfado de Morfain contra estos tiempos nuevos de que no quería saber, cuyo soplo ni siquiera había rozado su ruda piel curtida por el trabajo, y ahora el corazón de este taciturno tuvo que sangrar horriblemente. Su hija Azulina, cuyos ojos eran el azul de su cielo, aquella hermosa y arrogante criatura, ama de su casa querida, desde la muerte de la madre, se vió en cinta. Morfain se

irritó, después perdonó, pues se decía que alguna vez había de casarse. Pero ya no hubo perdón cuando ella le confesó el nombre del amante, el hijo del alcalde. Hace años que duraban las relaciones; se encontraban en los senderos de los Montes Bleuses, pasaban horas y horas en lechos olorosos de tomillo y alhucema bajo la libre brisa de las noches estrelladas. Aquiles, rompiendo con su familia, señorito á quien su burguesía aburría y disgustaba, había rogado á Lucas que le ajustara en la Cr cherie, donde era dibujante. Rompía todos los lazos, amaba donde y cómo quería, resuelto á trabajar por la mujer escogida libremente; evolucionando como hijo conquistado de la antigua sociedad condenada, que va hacia la edad nueva. Y esto era lo que angustiaba   Morfain, hasta el punto de hacerle arrojar de casa   su Azulina, como   una perdida. Se había dejado seducir por un señorito, no había en su casa más que rebeldía y obra del diablo. Todo el antiguo edificio se hundía, ya que una hija tan buena y tan hermosa había removido también una de sus armaduras, escuchando, tal vez pescando al hijo del alcalde.

Después, como Azulina, puesta en la calle, se había refugiado naturalmente en casa de Aquiles, tuvo Lucas que intervenir. La pareja no pensaba en casarse.  Para qué? Estaban bien seguros de amarse y de no separarse jamás. Para casarse hubiera necesitado Aquiles entenderse judicialmente con su padre y esto le parecía una complicación y una molestia inútil. En vano insistió Sc urette con la idea de que la moral, por la reputación de la Cr cherie, exigía todavía el matrimonio legal. Lucas llegó á obtener que cerrase los ojos, porque comprendía que con las generaciones nuevas poco   poco habría que aceptar la unión libre.

Pero Morfain no aceptaba tan fácilmente la situación, y Lucas tuvo que ir una tarde   convencerle. Desde que había expulsado   su hija el maestro fundidor vivía solo con su hijo Petit-Da y entre los dos arreglaban la casa y cocinaban, en su agujero abierto en la pe a. Aquella noche acababan de comer una sopa y seguían sentados sobre taburetes delante de

tosca mesa de encina que habían construído ellos mismos á hachazos; la pobre lámpara que los alumbraba proyectaba sobre la piedra ahumada de las paredes sus sombras de colosos.

—Sin embargo, padre—decía Petit-Da,—el mundo marcha, no se puede seguir inmóvil.

De un puñetazo, Morfain hizo temblar le pesada mesa.

—Yo he vivido como vivió mi padre, y vuestro deber sería vivir como yo vivo.

Por lo común estos dos hombres no cambiaban cuatro palabras en todo el día. Pero hacía algún tiempo que en medio de ambos iba creciendo cierta discordia, malestar que querían impedir; pero á veces estallaban disputas. El hijo sabía leer, escribir, se había ido interesando más y más por la evolución que llevaba su aliento hasta lo más hondo de las hoces de la montaña. Y el padre en su gloriosa terquedad de no ser más que un sólido obrero, cuyo esfuerzo bastaba para domar el fuego y conquistar el hierro, se enfurecía al ver que su raza se bastardeaba con toda aquella licencia y aquellas ideas inútiles.

—Si tu hermana no hubiera leído libros ni se hubiera ocupado con lo que pasaba por allá abajo, todavía estaría con nosotros... ¡Oh! ¡la ciudad nueva, esa ciudad maldita que nos la ha quitado!

Esta vez su puño no cayó sobre la mesa, se tendió, por la puerta abierta, en la noche negra, hacia la Crécherie cuyas luces brillaban como estrellas en el fondo de la pendiente de peñascos.

Petit-Da no replicó, respetuoso, turbada sin embargo la conciencia, pues sabía que su padre estaba disgustado con él desde el día en que le había encontrado con Honorina, la hija del tabernero Caffiaux. Honorina, pequeña, morena, de tipo fino, de rostro alegre y despierto, se había enamorado de aquel gigante tan suave, que también la encontraba encantadora. En la discusión de aquella noche entre el padre y el hijo, en el fondo se trataba de Honorina, así que el ataque directo que el último esperaba llegó por fin.

—Y tú—preguntó bruscamente Morfain,—¿cuándo vas á abandonarme?

Esta idea de separación pareció trastornar á Peti-
Da.

—¿Pero, por qué he de abandonarte yo?

—¡Oh! cuando hay una muchacha por medio, sólo puede resultar la ruina de todo, entre riñas... Y vaya una cosa que has ido á escoger. ¿Piensas que van á querer dártela; son razonables matrimonios semejantes, que confunden las clases, el mundo al revés, el acabóse?... He vivido demasiado.

Con suavidad, con dulzura, el hijo se esforzó por aplacar al padre. No renegaba de su amor por Honorina, pero hablaba de él como joven razonable, decidido á tener paciencia y esperar mientras fuera preciso. Más tarde se vería. ¿Qué mal había en que se hablasen con cariño, cuando se encontraban, aquella joven y él? Si no eran de la misma esfera, eso no impedía que pudieran gustarse, y aunque las clases se mezclaran un poco, ¿no traería esto la ventaja de conocerse y quererse más?

Pero, rebotando cólera y amargura, Morfain, se levantó de repente, y con un grande ademán trágico, bajo el techo de roca que tocaba casi con la frente, exclamó:

—¡Véte, véte cuando quieras!... Haz lo que tu hermana; escupe á todo lo que es respetable, pierde la vergüenza, arrójate á la locura. Ya no sois mis hijos, ya no os conozco, alguien os ha cambiado.... ¡Que me dejen solo en este agujero salvaje, y que las mismas rocas acaben por desplomarse y aplastarme!

Lucas había oído, al llegar al umbral, estas palabras últimas, y se detuvo. Le impresionaron mucho, porque estimaba muy de veras á Morfain. Mucho tiempo estuvo procurando convencerle. Pero, en cuanto entró el amo, el obrero se fragó su pena para no ser más que el obrero, el subordinado sumiso entregado á su oficio. No se permitía siquiera juzgar á Lucas, causa primera de estas abominaciones, que trastornaban al país y que á él le hacían padecer. Los patronos seguían siendo dueños de obrar á su antojo; á los obreros les tocaba ser honrados y cumplir con su trabajo, como los antepasados habían hecho.

—No haga usted caso, señor Lucas; es que yo ten-

go mis ideas, y me enfado si me contradicen. Esto pasa de raro en raro; ya sabe usted que hablo poco... Y puede usted estar seguro, esto no perjudica al trabajo; siempre estoy ojo avizor; no se hace una sangría sin que yo esté presente... Cuando hay penas se trabaja de firme, ¿verdad?

Procuró Lucas poner paz en aquella familia, deshecha por la reforma de que él era apóstol; pero Morfain estuvo á punto de irritarse otra vez.

—No, no, basta; ¡que me dejen en paz!... Si ha venido usted para hablarme de Azulina, ha hecho usted mal, señor Lucas; porque es el medio más seguro para empeorar las cosas. ¡Que se esté ella en su casa, como yo estoy en la mía!

Y queriendo romper la conversación, pasó de repente á otra cosa, dando una mala noticia que entraba por mucho en su honor endiablado.

—Puede que hubiera ido ahora mismo á decirle que he estado esta mañana en la mina, y que la esperanza de encontrar el filón de mineral rico se ha vuelto á perder... Y con todo, hubiera jurado que se encontraría infaliblemente en el fondo de la galería que había indicado... Pero, ¡qué quiere usted! nos persigue la mala suerte en todo lo que emprendemos de algún tiempo á esta parte; nada sale bien.

Estas palabras resonaron para Lucas, como si tocaran á muerto por sus grandes esperanzas. Siguió un rato hablando con el padre y el hijo, los dos colosos. Morfain le desesperaba, como último testigo de un mundo desaparecido; con su cabeza enorme y su ancha frente agrietada y envejecida por el fuego. Sus ojos de llama, su boca torturada de un rojo leonado de quemadura. Y se fué, bajó agobiado por una tristeza más amarga, preguntándose sobre qué montón de ruinas gigantescas, aumentadas sin cesar, tendría que fundar su pueblo.

En la misma Crécherie, en la intimidad tan apacible, tan suave de Sœurette, encontraba Lucas causas de desaliento. Continuaba la joven recibiendo á Marle el cura, al profesor Hermeline y á Novarre, el médico; y tan contenta se mostraba, viendo concurrir á su almuerzo en tales días á su amigo Lucas,

que éste no se atrevía á rehusar la invitación, á pesar del vago malestar que le producían las continuas disputas del maestro y del clérigo. Tranquila el alma, Sœurette no padecía con ellas, y creía que á él le interesaban, en tanto que Jordán, envuelto en sus mantas, meditando absorto algún experimento comenzado, parecía escuchar con vaga sonrisa.

Cierto martes, la disputa fué muy fuerte al acabar el almuerzo. Hermeline la había tomado con Lucas, por causa de la instrucción que se daba á los niños de la Crèche, en cinco clases mixtas, cortadas por largas horas de recreo, y otras empleadas en que se seguía un método diametralmente opuesto al suyo, le había quitado discípulos, y esto no lo perdonaba. Su rostro anguloso, de frente menuda, de labios delgados, palidecía de comprimida cólera á la idea de que se pudiera creer en otra verdad que la suya.

—Podría pasar por eso de los chicos y las chicas en montón, aunque no me parece muy decente. Los muchachos ya tienen bastantes instintos malos, diabólicas fantasías, cuando se separa los sexos, sin que se vaya á concebir la extraordinaria idea de reunirlos para excitarlos y corromperlos más juntándolos. Debe de ser gracioso lo que pasa por los rincones, en cuanto se les vuelve la espalda... Pero lo que es de todo punto inaceptable, es la autoridad del maestro destruída, la disciplina reducida á nada, desde el momento en que se invoca la personalidad de esos chiquillos y se les deja dirigirse á sí mismos á su antojo. ¿No me ha dicho usted que cada alumno sigue su inclinación, se consagra al estudio que le place, con libertad de discutir su lección? A eso le llamáis suscitar energías... Y luego, ¿qué estudios son esos en que todo se vuelve jugar, en que los libros se desprecian, en que la palabra del maestro no es infalible, en que el tiempo que no se pasa en el jardín se pasa en los talleres, cepillando madera ó limando hierro? Cierro que es bueno aprender un oficio manual, pero hay tiempo para todo, y lo primero es hacer entrar en la dura mollera de esos holgazanes, á mazo, toda la gramática y todo el cálculo que se pueda.

Lucas había dejado de discutir, cansado de chocar

con aquella intransigencia de sectario, de católico á contrapelo, que había decretado el dogma del progreso, del que no quería salir. Así que, no hizo más que responder tranquilamente:

—Sí, creemos que es necesario dar atractivo al trabajo, cambiar los estudios clásicos en continuas lecciones de cosas; y nuestro objeto es formar, ante todo, voluntades, hombres.

Al oír esto, gritó Hermeline:

—¡Muy bien! ¿Y sabéis lo que hacéis con eso? Rebeldes, vagos, perdidos. No hay más que un medio de dar al Estado ciudadanos, y es fabricarlos expresamente para él, tal como los necesita para ser fuerte y glorioso. De ahí la necesidad de una instrucción disciplinada, idéntica, que le prepare al país, siguiendo programas que se reconozcan como los mejores, los obreros, los hombres de profesión, los funcionarios que necesita. Fuera de la autoridad, no hay seguridad posible... Yo soy hombre bien probado, republicano de la víspera, librepensador y ateo. Supongo que á nadie se le ocurrirá ver en mí un espíritu retrógrado; y sin embargo, vuestra educación é instrucción libertarias, como se dicen, me sacan de mis casillas, porque en ellas, antes de medio siglo, no habrá ciudadanos, ni soldados, ni «nacionales».... Sí, con vuestros hombres libres, os desafío á que hagáis soldados. ¿Y cómo se defendería la patria en caso de guerra?

—Sin duda, en caso de guerra, habría que defenderla—dijo Lucas tranquilo.—Pero algún día, ¿á qué vendrán los soldados, si no habrá que batirse? Habla usted como el capitán Jollivet en el «Diario de Beauclair», cuando nos acusa de hombres sin patria y de traidores.

Esta ironía, poco maliciosa, acabó de exasperar á Hermeline.

—El capitán Jollivet es un imbécil á quien yo desprecio... Pero no es menos cierto que nos preparáis una generación desordenada, en rebeldía contra el Estado y que llevaría seguramente la República á las mayores catástrofes.

—Toda la libertad, toda la verdad, toda la justicia son catástrofes—dijo Lucas sonriendo.

Pero Hermeline continuaba, trazando un cuadro espantoso de la sociedad del mañana; si las escuelas dejaban de instruir á todos los ciudadanos del mismo modo, todos fabricados para el servicio de su República autoritaria y centralizadora, no más disciplina política, ni administración posible, ni estado soberano; la licencia desordenada llegaría al peor desenfreno físico y moral. Y de repente, el cura, Marle, que oía aprobando con la cabeza, no pudo resistir más al deseo de exclamar:

—¡Ah! ¡qué razón tiene usted, y qué bien dicho está todo eso!

Su rostro carilleno, de facciones regulares, de nariz aguileña, se mostraba radiante oyendo aquel ataque furioso contra la sociedad naciente, en la que sentía á su Dios condenado, cerca ya de no ser más que el ídolo de una religión muerta. El mismo, en sus pláticas de cada domingo, hacía iguales acusaciones, profetizaba iguales desastres. Pero apenas se le oía, el templo se le quedaba de día en día vacío, y esto le causaba un gran dolor, que escondía, encerrándose más y más, por todo consuelo, en su estrecha doctrina. Nunca se había aferrado más á la letra ni tratado con más severidad á sus penitentes, como si quisiera que aquel mundo burgués, cuya podredumbre cubría con el manto de la religión, se lo tragase, al menos, la tierra en actitud bizarra. El día que su iglesia se desplomase, estaría en el altar, y acabaría bajo los escombros su última misa.

—Sí, es muy cierto; el reinado de Satán está cerca; esas jóvenes y esos muchachos educados en común, todas las malas pasiones desencadenadas, la autoridad destruida, el reino de Dios puesto sobre la tierra, como en tiempo de los paganos... El cuadro que acaba usted de presentar es tan exacto, que nada más fuerte podría yo añadir.

No le gustó al maestro verse tan alabado por el clérigo, con el cual nunca estaba conforme, y se calló de repente mirando á lo lejos, á las praderas del parque, como si nada oyese.

—Pero hay algo—prosiguió el cura,—que aun puedo perdonar menos que esa instrucción desmoraliza-

dora que se da aquí en vuestras escuelas; y es el que hayáis puesto á Dios á la puerta de la calle; que hayáis olvidado con toda intención edificar una iglesia en medio de vuestra nueva ciudad, entre tantas construcciones bellas y útiles... ¿Es que pretendéis vivir sin Dios? Hasta hoy ningún Estado ha podido prescindir de El; una religión siempre ha sido necesaria para gobernar á los hombres.

—Yo no pretendo nada—respondió Lucas.—Cada cual es libre en su fe, y si no se ha construido una iglesia, es que ninguno de nosotros hasta ahora la ha necesitado. Pero se puede edificar una en el caso en que se encuentren fieles para llenarla. Siempre será lícito á un grupo de ciudadanos reunirse para darse el gusto de hacer lo que quieran. En cuanto á la necesidad de una religión, es, en efecto, muy real cuando se quiere gobernar á los hombres. Pero nosotros no queremos gobernarlos, sino que vivan libres en la ciudad libre... Usted lo ve, señor cura; no somos nosotros quien destruye el catolicismo; se destruye él mismo, se muere de muerte natural, como se mueren sucesivamente las religiones después de haber cumplido su misión histórica, en la hora señalada por la evolución humana. La ciencia destruye uno á uno todos los dogmas; la religión de la humanidad ha nacido y va á conquistar el mundo. ¿Para qué una iglesia católica en la Crèche, si la de usted es ya demasiado grande para Beauclair; y se le va quedando desierta, y el mejor día se hunde?

Muy pálido el clérigo, no comprendió, no quiso comprender. Se contentó con repetir, con la terquedad del creyente, que pone su fuerza en la afirmación, sin razones ni pruebas:

—Si Dios no está con ustedes, la derrota es segura. Créame, edifiquen una iglesia.

Hermeline no pudo contenerse más. Los elogios del sacerdote le sofocaban, sobre todo con esta consecuencia de la necesidad de una religión, y gritó:

—¡Ah, no; ah, no, señor cura; nada de iglesia! No oculto, verdad es, que las cosas aquí no se organizan á mi gusto. Pero, si algo apruebo, es el abandono de

todo culto oficial... Gobernar á los hombres; sí; pero no han de ser los curas desde las iglesias, sino nosotros, los ciudadanos, desde los ayuntamientos. De las iglesias se harán graneros públicos, granjas para las cosechas.

El cura se incomodó, dijo que en su presencia no toleraría palabras sacrílegas, y la disputa se agrió tanto, que el doctor Novarre tuvo que intervenir como de costumbre. Hasta entonces había oído tranquilo con arie inteligente, ojos vivos como hombre muy amable y un poco escéptico á quien no turbaban palabras más ó menos, por fuertes que fueran. Pero creyó notar que Scœurette empezaba á disgustarse.

—Vaya, vaya, si casi están ustedes de acuerdo, pues ambos utilizan las iglesias. El cura siempre podrá decir misa en ellas, dejando un rincón para los frutos de la tierra los años de mucha abundancia... Dios bondadoso, de cualquiera religión que sea, no se opondría.

Después habló de una rosa nueva muy blanca, muy pura, pintada de carmín en medio de su corola. Había traído un ramo de ellas y Scœurette las miraba, en un vaso sobre la mesa, sonriendo de nuevo al encanto florido y perfumado, pero todavía como cansada de la pena que le causaba la virulencia que tomaban las disputas en sus almuerzos de los martes. Acabarían por no poder reunirse.

Hasta entonces no salió Jordán de sus cavilaciones. No había dejado de parecer atento, como si oyera lo que se decía. Pero con una frase demostró cuán lejos estaba su espíritu.

—Sabrán ustedes que en América un sabio electricista acaba de almacenar bastante calor solar para producir electricidad.

Cuando Lucas quedó solo con los Jordán, callaron mucho rato; la idea de los pobres hombres que se desgarraban, se abrumaban unos á otros persiguiendo ciegos el bien, le oprimía el corazón. A la larga, al ver con qué trabajo se buscaba el bien común entre las rebeldías de los mismos á quienes se quería salvar, sentía á veces desalientos que no confesaba todavía, pero que le fatigaban miembros y espíritu como el cansancio de los grandes esfuerzos inútiles. Por un

instante, su voluntad zozobraba próxima á sumergirse.

Aquel día volvió á su exclamación de congoja sentimental:

—Pero si es que no aman. ¡Si amasen, todo se secundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol!

Algunos días después, una mañana de otoño, muy temprano, Scurette recibió en medio del corazón un golpe horrible, cuyo dolor inesperado le causó profunda angustia. Madrugaba mucho y solía ir á dar órdenes á una vaquería que había hecho instalar para los niños de un asilo; y aquel día tuvo la idea, según caminaba á lo largo de la pared, en forma de terraza, que terminaba en el pabellón ocupado por Lucas, de echar una ojeada al camino de Combettes que dominaba la terraza. Y en aquel momento la puerta del pabellón que daba al camino se entreabrió apenas y vió salir con cautela á una mujer, una sombra ligera de mujer que se desvaneció casi al punto en la rosada niebla de la mañana. Pero la había reconocido; tan delicada, tan esbelta, de penetrante encanto, como una visión de infinita ternura huyendo en plena claridad. Era Josina que salía de casa de Lucas, y para salir así, con el sol, tenía que haber pasado dentro la noche.

Desde que Ragú había dejado la Crécherie, Josina había vuelto así varias veces al lado de Lucas, las noches que estaba libre. Esta vez había venido á decirle que no volvería, por el temor de ser sorprendida, porque había vecinas que espiaban sus escapatorias. Además, la idea de mentir, de ocultarse, para ser de su dios, acababa por ser tan penosa, que prefería esperar la hora en que pudiera declarar su amor á la luz del sol. Lucas, que había comprendido, se había resignado. Pero ¡qué noche de caricias, cortadas por la desesperación, y qué triste despedida á la primera luz del alba! Con besos sin fin, volvían el uno al otro, y habían cambiado tantos juramentos, que ya era día claro cuando había podido arrancarse de sus brazos. Y no más los vapores matinales habían velado un poco su partida.

¡Josina pasando la noche con Lucas, dejándole al salir el sol! Esta brusca revelación retumbaba den-

tro de Scurette como un ruido de mortal catástrofe. Se había detenido de repente, clavada en su sitio, como si la tierra se hubiera abierto ante sus pasos. Estaba tan trastornada, tal ruido de tempestad se le subía al cerebro, que todo en ella era confusión, sin una sensación clara, sin un razonamiento posible. No siguió su camino, olvidó que iba á la vaquería á dar órdenes. De repente, huyó también, se volvió atrás corriendo, entró en casa, subió loca á su cuarto, se arrojó sobre la cama deshecha, tapándose con las manos ojos y oídos, para no ver, para no oír. No lloraba, no sabía por entonces, presa no más de una inmensa desolación mezclada de un espanto sin límites.

¿Por qué sufría así con toda el alma desgarrada? No se había creído más que amiga muy cariñosa de Lucas, discípula y ayudante suya, consagrada con ardor á la empresa de justicia y bien humano por él imaginada. A su lado no creía gozar más que la deliciosa dulzura de una fraternidad de alma sin haber sentido jamás todavía el roce de otro escalofrío. Y ahora se sentía abrasada, sacudida por ardiente fiebre, porque la imagen de aquella otra mujer que pasaba allí la noche, que salía al amanecer, era evocación en adelante necesaria, con tiranía abominable.

¿Amaba, pues, á Lucas, lo deseaba? y lo echaba de ver el día en que la desgracia estaba consumada, cuando era ya muy tarde para hacerse amar. Sí, aquello era el desastre, saber tan duramente que ella amaba también, cuando otra había ocupado el lugar, lanzándola del corazón donde acaso hubiera podido reinar adorada y todopoderosa. Lo demás desaparecía. No importaba cómo había nacido su amor, había crecido, y por qué lo había ignorado, inocente aún á los treinta años, feliz del todo hasta entonces con una dulce intimidad, con el aguijón de un deseo de posesión más estrecha.

Lloró por fin, sollozó pensando en la brutalidad del hecho cumplido, en el brusco obstáculo que se levantaba ante ella y el hombre á quien se había dado toda, sin saberlo. Ya no había más que esto: ¿qué iba á hacer, cómo iba á hacerse amar? porque le parecía imposible no ser amada ya que amaba ella, y nunca de-

jaría de amar. Ahora que conocía su amor correspondido no la aplacaba como fresco bálsamo. Todo eran confusiones, luchaba con pensamientos indecisos, obscura la voluntad, como mujer ya madura, inocente aún, lanzada de repente á las torturas reales de la vida. Así estuvo martirizándose mucho tiempo, hundido el rostro en la almohada. Ya estaba alto el sol, la mañana avanzaba sin que ella encontrase una solución práctica en su emoción creciente. Siempre volvía la pregunta, que era obsesión: ¿qué iba á hacer para decir que amaba, para ser amada? De pronto se acordó de su hermano; en él debía confiar, á él confesarse, pues que él sólo en el mundo la conocía y sabía que su corazón no había mentido jamás. Era un hombre; la comprendería de seguro, la enseñaría lo que se hace cuando se tiene necesidad de ser feliz. En seguida, sin pensar más, saltó del lecho, y bajó al laboratorio como una niña que ha encontrado la solución de una gran pena.

Jordán, aquella mañana acababa de sufrir un descalabro desastroso. Hacía meses que había creído encontrar el modo de transportar la fuerza eléctrica en condiciones perfectas de seguridad y economía. Quemaba el carbón al salir del pozo, conducía la electricidad sin desperdiciar nada, lo cual bajaba el precio de fábrica de manera considerable. El problema le había costado cuatro años de investigaciones entre el dolor de los achaques de su cuerpo enfermizo; utilizaba lo mejor que podía la escasa salud, durmiendo mucho, envuelto en sus mantas y ocupando con método las raras horas que conquistaba así á la naturaleza madrastra. Y llegaba, sacando el mejor partido posible del instrumento ingrato que tenía en su miserable cuerpo, á conseguir la formidable tarea cumplida. Se le ocultaba la crisis alarmante que atravesaba la Crécherie, para no turbarle. Creía que todo marchaba bien, y era además incapaz de notar tales cosas ni atender á ellas, encerrado siempre en su laboratorio, todo para su trabajo, lo único que existía en el mundo. Y aquella misma mañana se había puesto á trabajar temprano, sintiéndose con la inteligencia despejada, y queriendo aprovecharla en el últi-

mo experimento. Y éste había fracasado por completo; tropezaba con un obstáculo imprevisto, error de cálculo, detalle despreciado que adquiriría de pronto una importancia destructiva, que retrasaba indefinidamente la tan buscada solución de sus hornos eléctricos.

Era toda una ruina; ¡cuánto trabajo improductivo, todavía; todavía cuánto trabajo necesario! En medio de la ancha sala, como desolado, se había vuelto á envolver en sus mantas para tenderse en la butaca en que pasaba tantas horas, cuando su hermana entró.

La vió tan pálida, tan alterada, que se alarmó vivamente, él que había asistido al fracaso de su experimento con la frente tranquila, como hombre á quien nada desalienta.

—¿Qué tienes, querida mía? ¿Te sientes mal?

La confianza no le costó trabajo. Dijo sin vacilar, como pobre niña cuyo corazón se abría en un suspiro:

—Tengo, hermano mío, que amo á Lucas y que él no me ama. Soy muy desgraciada.

Y en tono sencillo y candoroso, contó toda la aventura: de dónde había visto salir á Josina, el dolor que esto la había causado; y que corría al lado de Jordán porque necesitaba que la consolase, que la curase. Quería á Lucas, y Lucas no la quería.

Jordán la oía con estupor, como si le hablase de un cataclismo extraordinario é inesperado.

—¡Que amas á Lucas, que amas á Lucas!

¿El amor, á qué el amor? El amor en esta hermana adorada que siempre había visto junto á sí como un otro yo, le asombraba. Jamás había pensado que pudiera amar y sufrir por ello. Era una necesidad que ignoraba, un mundo en que no había entrado nunca. Estaba perplejo, no sabía qué hacer, inocente también y de una ignorancia total en esta materia.

—¡Oh, dime, hermano, por qué Lucas ama á Josina, por qué no es á mí á quien ama!

Solozaba abrazada á su cuello, la cabeza sobre su hombro en una desolación desesperada. ¿Pero qué decirle para enterarla, para consolarla?

—Yo no sé, hermana mía, yo no sé. Sin duda la quiere, porque la quiere. No debe de haber otra ra-

zón... Te quería á ti si te hubiese querido primero.

Y aquello era. Lucas amaba á Josina porque era la enamorada, la mujer del encanto y la pasión encontrada en la pena y despertando todas las ternuras del corazón, y además tenía la hermosura, el divino temblor del deseo, traía la carne voluptuosa y fecunda, por la cual el mundo se eterniza.

—Pero, hermano, á mí me conoció antes, ¿por qué no me quiso primero?

Jordán, á quien estas preguntas confundían más y más, buscaba conmovido y encontraba respuestas delicadas y buenas, en su candor.

—Acaso sea porque ha vivido aquí como amigo, como hermano. Se ha hecho hermano tuyo.

La miraba, y ya no se lo decía todo, viéndola semejante á él, tan menuda, tan débil, de rostro insignificante. Era muy pálida para ser el amor; siempre vestida de negro, de aspecto amable, muy suave, muy bondadoso, pero tan triste, como todas las silenciosas y las abnegadas. Seguramente nunca había sido para Lucas, más que una mujer inteligente, benéfica, feliz.

—Ya comprendes, querida hermana, que si ha llegado á ser para ti un hermano como yo, no puede quererte como quiere á Josina. No se le ha ocurrido. Pero de todos modos, te quiere mucho, te quiere más, te quiere tanto como yo te quiero.

Esto sublevó á Sœurette. Se rebeló todo su pobre sér enamorado, y tuvo que vociferar el desastre de su amor en medio de redoblados sollozos.

—¡No, no! no me quiere más. No me quiere nada. No es amar á una mujer quererla como hermano, cuando yo sufro lo que sufro al verle perdido para mí. Si hace un momento todavía nada sabía de estas cosas, las adivino ahora que me siento morir.

Conmovido como ella, Jordán contenía las lágrimas que le subían á los ojos.

—Hermana mía, hermana mía, mira que me haces sufrir infinito; no es razonable acongojarte así hasta ponerte mala. No te reconozco; tú tan tranquila, tan razonable, que tan bien comprendes la firmeza de alma que se ha de oponer á las miserias de la vida.

Quiso convencerla.

—Vamos á ver, ¿tienes alguna queja de Lucas?

—¡Oh, no, ninguna! Sé que me aprecia mucho, somos muy amigos.

—Entonces ¿qué quieres? Te quiere como te puede querer. Haces mal en enfadarte con él.

—¡Pero si yo no me enfado! Yo no tengo odio á nadie; sólo tengo pena.

Volvieron los sollozos, nueva ola de angustia la sumergió, haciéndola gritar:

—¿Por qué no me quiere, por qué no me quiere?

—Si no te ama de amor, como tú quisieras, es que no te conoce bastante. No, no te conoce como yo te conozco, no sabe que eres la mejor, la más amable, la más abnegada, la más amante. Tú hubieras sido la compañera, el apoyo, la que facilita y suaviza la vida. Pero ha vencido la otra con su belleza; y mucha fuerza hay en esto, cuando la ha seguido, sin verte á ti, que, sin embargo, ya le amabas... Tienes que resignarte.

La había cogido en brazos, la besaba el cabello. Pero ella seguía luchando.

—¡No, no! ¡No puedo!

—Sí, ya te resignarás, eres muy buena, muy inteligente para no resignarte... Llegarás á olvidar.

—¡Oh, no, no! ¡Nunca!

—No he dicho bien; no te pido que olvides; guarda ese recuerdo en tu corazón, sólo tú sufrirás con él... Pero te pido resignación, porque sé que siempre la has tenido, que eres capaz de ella, hasta poder renunciar, hasta el sacrificio... Piensa en todas las desgracias que vendrían si te rebelaras, si hablastes. Destrozarías nuestra vida, en ruinas quedarían nuestras empresas; padecerías mil veces más.

—Bueno—le interrumpió temblorosa,—pues que se rompa todo, que se arruine. Al menos me desahogaré. Mal haces, hermano, hablándome así. Eres egoísta.

—¡Egoísta, cuando sólo pienso en ti, hermanilla adorada! En este momento el dolor exaspera tu carácter, tan bueno. ¡Qué remordimiento el tuyo, si te dejara destruirlo todo! Mañana no podrías vivir entre los escombros amontonados... Pobre corazoncito, ya te re-

signarás. De abnegación y de cariño se hará la dicha para ti.

Les ahogaban las lágrimas. Mezclaban sus sollozos. Enternecía aquel amor fraternal, aquella lucha entre dos seres tan amantes, tan candorosos.

Y él repetía, en tono de inmensa lástima, con infinito cariño:

—Ya te resignarás, ya te resignarás.

Protestaba ella todavía, pero iba entregándose; ya no tenía más que un quejido de pobre víctima lastimada, cuyo dolor se quiere adormecer.

—¡Oh, no! quiero sufrir... No puedo, no me resigno.

Aquel día almorzaba Lucas con los Jordán, y cuando, á las once y media, se presentó, todavía los encontró conmovidos, los ojos llorosos. Pero él también padecía tanto, que no lo echó de ver. La necesaria despedida de Josina le desesperaba. Era como si le arrancaran la postrer energía el llevarle su amor, que creía necesario para su misión. Si no salvaba á Josina, jamás salvaría al pueblo miserable á quien había dado su corazón.

En cuanto se levantó, todos los obstáculos que le estorbaban, se le presentaron invencibles. Había visto, en negra visión, la Crèche perdida, hasta el punto de parecerle locura soñar con salvarla. Allí se devoraban los hombres, no había podido establecer la fraternidad entre ellos; todas las fatalidades humanas se encarnizaban contra su empresa. Y, de repente, había perdido la fe, presa de la más terrible crisis de desaliento que hasta entonces había sufrido. El héroe, en él, vacilaba, agravando el mal, próximo á renunciar á su empeño ante el temor de la cercana derrota.

Securette, notando su turbación, tuvo la divina ternura de inquietarse por ella.

—¿Se siente usted mal, amigo mío?

—Sí, no me siento muy bien; he pasado una mañana atroz... Desde que me he levantado, cada noticia una desgracia.

No insistió ella; le miraba con ansiedad, preguntándose cuál podría ser su dolor, si amaba y era amado. Para ocultar un poco su propia emoción, se había

acercado á su mesa de trabajo fingiendo tomar notas para su hermano, el cual había vuelto á echarse en su butaca, fatigado.

—Entonces, mi querido Lucas—dijo Jordán,—allá nos vamos todos; pues si yo me levanté bastante fuerte, he tenido también tales contratiempos, que estoy en tierra.

Lucas se paseó un momento, sombrío el rostro, sin decir una palabra. Iba y venía deteniéndose á veces delante de la alta ventana mirando á la Crécherie, á la ciudad naciente. Después no pudo contener el flujo de su desesperación, y habló:

—Amigo mío, ya es necesario que hablemos... No se le ha querido turbar en sus investigaciones, y se le ha ocultado que en la Crécherie nuestros negocios van muy mal. Los obreros nos dejan; todo es rebeldía y desunión entre ellos, por causa de las eternas discordias del egoísmo y del odio. Beauclair entero se subleva, los comerciantes, los mismos trabajadores cuyos hábitos alteramos, nos hacen tan penosa la vida, que nuestra situación cada día es más alarmante.... En fin, yo no sé si las cosas me parecen hoy demasiado sombrías, pero ya no veo esperanza. Creo que estamos perdidos, y no puedo ocultar á usted más tiempo la catástrofe á que vamos.

Jordán le oía con asombro, pero muy tranquilo, y hasta sonrió ligeramente.

—¿No exagera usted un poco, amigo mío?

—Supongamos que exagero, que la ruina no es para mañana... Aun así, no me creería un hombre honrado, si no le advirtiera que temo una ruina próxima. Cuando le pedí á usted terreno, dinero para la empresa de salvación social que soñaba, ¿no le prometí, además de una grande y hermosa acción digna de usted, un buen negocio? Pues le he engañado, su fortuna se va á sepultar en la mayor derrota. ¿Cómo quiere usted que no me acosen terribles remordimientos?

Con un ademán, Jordán había intentado interrumpirle, como para decir que el dinero no le importaba. Pero Lucas continuó:

—Y no son únicamente las considerables sumas ya perdidas, sino las que se necesitan cada día para pro-

longar la lucha. Yo no me atrevo á pedírselas á usted, pues si yo puedo sacrificarme por completo, no tengo el derecho de arrastrarles en mi caída á usted y á su hermana.

Se dejó caer en una silla con las piernas como rotas, abatido, mientras Scœurette, muy pálida, sentada aún delante de su mesa siempre, mirándolos, oía con emoción profunda.

—Verdaderamente las cosas van muy mal—replicó Jordán con voz tranquila.—Y sin embargo, la idea de usted era muy buena, y había usted acabado por vencerme... Yo no se lo había ocultado; no me mezclaba en esas tentativas políticas y sociales, convencido de que sólo la ciencia es revolucionaria y que sólo ella acabará la evolución de mañana llevando al hombre á toda verdad y á toda justicia... ¡Pero era tan hermosa vuestra solidaridad! Desde esta ventana, después de mis horas buenas de trabajo, miraba yo con interés brotar vuestra ciudad. Me divertía, y decíame que para ella trabajaba yo también y que algún día sería su gran fuerza la electricidad, la obrera activa y bienhechora... ¿Habrá que renunciar á todo eso?

Lucas, entonces, dejó escapar este grito de cansancio supremo:

—Se me acabó la energía, no siento en mí ningún valor, toda mi fe se ha ido. Todo se acabó; vengo á decirles que lo abandono todo antes que exigirles un nuevo sacrificio.... Porque vamos, amigo mío, el dinero que aun necesitaríamos.... ¿se atrevería usted á dármelo ni tendría yo la audacia de pedírselo?

Y jamás grito de desesperación más desgarrador salió del pecho de un hombre. Era la hora mala, la hora negra que conocen bien todos los héroes, todos los apóstoles, la hora en que la gracia se va, en que la misión se oscurece, en que la empresa parece imposible. Derrota pasajera, cobardía de un momento que causa dolor terrible.

Volvió Jordán á su apacible sonreír. No respondió en seguida á la cuestión que Lucas le planteaba, temblando, á propósito de las grandes sumas de dinero que todavía serían necesarias. Con un movimiento, por-

que sintió frío, atrajo las mantas hacia sus miembros débiles. Y dijo suavemente:

—Ha de saber usted, amigo mío, que tampoco yo estoy muy contento. Si, esta mañana me ha ocurrido un verdadero desastre... Ya sabe usted mi descubrimiento para transportar la fuerza eléctrica á bajo precio y sin malgastar nada. Pues bueno, me había engañado. No tengo absolutamente nada de lo que creía tener. Esta mañana, un experimento de comprobación ha fracasado totalmente y me he convencido de que hay que empezar de nuevo. Hay que volver á emprender el trabajo de años y años. Ya comprende usted lo molesto que es tropezar así con una derrota, cuando se cree estar seguro de la victoria.

Sœurette se había vuelto hacia él, trastornada al saber así aquel contratiempo que ignoraba todavía. También Lucas, compadecido á pesar de sus propias penas, había alargado la mano para estrechar con fraternal simpatía la de Jordán. Sólo éste seguía tranquilo con su temblorcillo de fiebre, que era corriente siempre que se excitaba demasiado.

—Y entonces, ¿qué va usted á hacer?

—¿Qué voy á hacer, amigo mío? Pues voy á ponerme otra vez al trabajo. Mañana volveré á empezar tomando mi empeño desde el principio, puesto que hay que reformarlo todo. Es muy sencillo, no hay otra cosa que hacer. ¡Ya lo oye usted! Jamás se abandona una empresa. Si se necesitan veinte años, treinta, vidas enteras; se le dan. Si se ha engañado uno, otra vez paso atrás, y se vuelve á andar el camino ya recorrido cuantas veces hace falta. Los impedimentos, los obstáculos no son más que paradas, las dificultades inevitables del camino. Una empresa es un hijo sagrado, que es criminal no hacer que nazca. Es nuestra sangre, no tenemos derecho de negarnos á su creación, le debemos toda nuestra fuerza, toda nuestra alma, nuestra carne y nuestro espíritu. Como la madre que muere á veces por causa de la criatura querida que concibe, debemos estar dispuestos á morir por nuestra empresa, si nos agota. Y si no nos ha costado la vida, corriente; sólo una cosa tenemos que hacer cuando está acabada, viva, fuerte: emprender otro tra-

bajo, sin detenernos jamás; siempre una empresa tras otra, mientras estemos en pie, inteligentes y viriles.

Parecía que había crecido, que era grande, fuerte, como acorazado por su creencia en el esfuerzo humano contra todo desaliento, seguro de vencer si utilizaba para la victoria hasta el último latido de sus venas. Y Lucas, que le oía, sentía venir á él, de aquel sér tan débil, un soplo de indomable energía.

--¡El trabajo! ¡El trabajo!--continuó Jordán,--no hay otra fuerza. Cuando uno ha puesto toda su fe en el trabajo, se es invencible. Y es tan fácil crear un mundo; basta, todas las mañanas, volver á la faena, añadir una piedra á las piedras del monumento ya colocadas; hacerle subir tanto como lo permita la vida, sin prisa, por el empleo metódico de las energías físicas é intelectuales de que se dispone. ¿Por qué dudar de mañana, si lo hacemos nosotros, gracias á nuestro trabajo de hoy? Todo lo que nuestro trabajo siembra, mañana nos lo da. ¡Ah! ¡Trabajo sagrado, trabajo creador y salvador, que es mi vida, mi única razón de vivir!

Sus miradas se habían perdido en la lontananza; ya no hablaba más que para sí, repitiendo este himno al trabajo, que volvía sin cesar á sus labios en las grandes emociones. Y una vez más contaba cómo el trabajo le había consolado, le había sostenido siempre. Si aún vivía, era porque había puesto en su vida una obra para la cual había regularizado todas sus funciones. Estaba seguro de no morir mientras su obra no estuviera acabada. El que se entregaba á una empresa encontraba desde luego un guía, un sostén, como el regulador mismo del corazón que latía en su pecho. La existencia adquiría un fin, la salud se ordenaba, nacía un equilibrio que producía la única alegría humana posible: la de la acción bien realizada. El, tan enfermizo, jamás había entrado en su laboratorio sin sentir algún alivio. ¡Cuántas veces se había puesto al trabajo con los miembros doloridos, llorando con el corazón! Y siempre el trabajo le había curado. Sus incertidumbres, sus raros desalientos, siempre habían provenido de las horas de pereza. La empresa conducía á su creador; no le era funesta, no le hundía hasta el momento en que la abandonaba.

De pronto se volvió hacia Lucas y concluyó diciéndole sonriente:

—Créalo usted, amigo mío, si usted deja morir á la Cr cherie, morir  usted por la Cr cherie. Su empresa es usted mismo. Hay que vivirla hasta el fin.

Lucas se había puesto en pie, con un arranque de todo su s er. Lo que acababa de oir, este acto de fe en el trabajo, este amor apasionado de la empresa, le elevaba con aliento heroico, le devolvía   toda su fuerza. En sus horas de cansancio y de duda, solo de aquel baño de energía que corría á tomar junto   su amigo, aquel pobre cuerpo enfermizo, emanaba semejante irradiación de paz y de certidumbre. Siempre obraba el encanto, un flujo de valor le inundaba, ya no sentia más que la impaciencia de volver á la lucha.

—¡Oh!—gritó,—tiene usted razón, soy un cobarde; tengo vergüenza de haber desesperado. La dicha humana no est  más que en la glorificación del trabajo, en la reorganización del trabajo salvador. El fundar  nuestra ciudad. ¡Pero ese dinero, pero ese dinero que habrá que arriesgar todavía!

Jordán, agotado por la pasión con que acababa de hablar, envolvía los flacos hombros, apretando más contra sí las mantas. Y dijo sencillamente con voz débil, cansada.

—Ese dinero yo se lo dar  á usted. Haremos economías; ya nos arreglaremos. Bien sabe usted que con poco nos basta: leche, huevos y fruta. Con tal que pueda pagar los gastos de mis experimentos, lo demás marchará bien.

Lucas le había cogido las manos, que estrechaba con emoción profunda.

—¡Amigo mío, amigo mío!... Pero,  y su hermana, vamos á arruinarla también?

—Es verdad—dijo Jordán,—nos olvidamos de S urette.

Se volvieron; S urette, silenciosa, lloraba. Seguía sentada junto   su mesita, apoyados en ella los codos, la barba en las manos. Grandes lágrimas rodaban por sus mejillas, al desahogarse su pobre corazón torturado y que sangraba, con aquella ola de ternura. También   ella, lo que acababa de oir la habia trans-

tornado, elevando lo más hondo de su sér. Todo lo que su hermano decía para Lucas, resonaba en ella con igual energía. Esta necesidad del trabajo, esta abnegación ante un empeño, ¿no era la vida aceptada, vivida lealmente para la mayor armonía posible? En adelante, también ella se hubiera considerado como Lucas, mala y cobarde, si hubiera estorbado á la empresa, si no se hubiera sacrificado á ella hasta renunciar á todo. Volvía á ella otra vez su gran valor de alma buena, sencilla y sublime.

Se levantó, se abrazó á su hermano; así estuvo algún tiempo, y con la cabeza en su hombro, le dijo suavemente al oído, despacio:

—¡Gracias! Me has curado; me sacrificaré.

En tanto, Lucas, agitado con nuevo afán de acción; había vuelto á la ventana, mirando el gran cielo azul brillar sobre los tejados de la Créchérie. Y al retirarse, repetía una vez más:

—¡Si es que no aman! ¡El día que amen, todo se fecundará, todo brotará triunfando bajo el sol!

Sœurette, que se le había acercado cariñosa, dijo entonces, con el último temor de su triste carne dominada:

—Y hay que amar sin querer ser amado; porque la empresa no puede comenzar á ser más que por amor de los demás.

Esta frase de una criatura que se entregaba toda con la única alegría de entregarse, cayó en medio de un gran silencio en que temblaba algo. No hablaron más; los tres, unidos en fraternidad estrecha, contemplaron á lo lejos, entre verdores, la ciudad naciente de justicia y de felicidad que iba á extenderse poco á poco á lo infinito, ahora que estaba sembrado mucho amor.

IV,

Desde entonces, Lucas, el constructor, el fundador de pueblos, volvió en sí, quiso, obró, y los hombres y las piedras se levantaron á su voz. Se vió al apóstol

en su misión, en su fuerza, en su alegría; estaba más, contento, dirigía la lucha de la Créchérie contra el Abismo con triunfante animación, conquistando poco á poco las almas y las cosas, gracias al anhelo de amor y de dicha que esparcía en torno de sí. Su ciudad fundada tenía que devolverle á Josina. Con Josina serían salvados los miserables de toda la tierra. En ello había puesto su fe y trabajaba por y para el amor, seguro de vencer.

Un día claro de cielo azul sorprendió una escena que le llenó de alegría, ternura y esperanza. Paseando alrededor de las dependencias de la fábrica, deseoso de vigilarlo todo, oyó de pronto voces ligeras, frescas de carcajadas que venían de un rincón del dominio, al pie de la vertiente de los Montes Bleuses, en el sitio en que un muro separaba los terrenos de la Créchérie de los del Abismo. Y habiéndose acercado con cautela, queriendo ver sin ser visto, dió con el espectáculo delicioso de una bandada de niños que jugaban libremente bajo el sol, devueltos á toda la inocencia fraternal de la tierra.

De la parte de acá de la pared estaba Nanet, que todos los días venía á buscar á sus camaradas, con Luciano y Antonieta Bonnaire, á quien debía de haber sacado de sus casillas, llevándoselos á una terrible caza de lagartijas. Los tres, mirando al cielo, reían, gritaban, mientras que del otro lado del muro otros niños que no se veían, reían y gritaban también. No era difícil comprender que había habido en casa de Nisa Delaveau un almuerzo de amiguitos que, libres por el jardín, habían acudido á las voces de la otra pandilla, anhelando verse, acercarse para jugar juntos. Lo peor era que habían tapiado la puerta, cansados de reñirles inútilmente sin lograr impedir que se acercaran unos á otros. Los Delaveau castigaban con seria prohibición hasta el llegar al extremo del jardín. En la Créchérie se procuraba hacerles comprender que iban á ser causa de algún disgusto serio, de una queja, tal vez de un pleito. Pero ellos no hacían caso, cándidos galopines que cedían á las fuerzas desconocidas del porvenir, y se empeñaban en mezclarse,

confundirse, fraternizando con total olvido de los rencores y de las luchas de clase.

Las voces agudas, puras, cristalinas, subían como cantos de alondra.

—¿Eres tú, Nisa? Buenos días, Nisa.

—Buenos días, Nanet. ¿Estás solo, Nanet?

—¡Cál! No, tengo aquí á Luciano y Antonieta; y tú, ¿estás sola, Nisa?

—¡Oh! No; con Luisa y Pablo. Buenos días, Nanet, buenos días.

—Buenos días, Nisa.

Y á cada saludo repetido, risas sin fin y más risas, porque les parecía muy gracioso hablar así sin verse, como si las voces cayeran del cielo.

—Di, Nisa, ¿estás ahí todavía?

—Sí, Nanet, todavía estoy aquí.

—Nisa, Nisa, oye, ¿no vienes?

—¡Ay, Nanet, Nanet! ¿Cómo quieres que vaya si han tapiado la puerta?

—Salta, salta, Nisa.

—¡Salta tú, Nanet, salta tú!

Y de golpe, el delirio: Los seis repetían: ¡Salta! ¡salta! bailando delante de la pared, como si brincando cada vez con más fuerza hubieran de acabar por saltar tanto, que pudieran verse y juntarse. Daban vueltas, bailaban agarrados, hacían reverencias al impenetrable muro y jugaban á hacerse muecas á través de las piedras con la fuerza de imaginación infantil que suprime los obstáculos.

Y volvió el cantar aflautado.

—Oye, Nisa, ¿sabes una cosa?

—No, Nanet, no sé.

—Pues bueno, voy á subirme sobre la pared y á cogerte por los hombros para pasarte acá.

—¡Oh! Eso, eso, Nanet; sube, Nanetín mío.

En un momento Nanet estuvo sobre la pared, trepando con pies y manos con agilidad de gato. Y, ya arriba, á caballo, era de ver con su cabeza redonda, sus grandes ojos azules, el pelo rubio alborotado. Ya tenía catorce años, pero era pequeño, de sólidos riñones, de aire sonriente y resuelto.

—¡Luciano! ¡Antonieta! Vosotros, ojo alerta. Inclínandose sobre el jardín de los Delaveau, muy ancho porque dominaba la situación y veía los dos lados á la vez, gritó:

—Sube, Nisa, yo te cogeré.

—¡Ay no, la primera yo, no, Nanet! Yo sere la que esté alerta por este lado.

—¿Entonces, quién, Nisa?

—Espera, Nanet, ten cuidado. Pablo subirá.

—Hay un enrejado. Va á probar á ver si se rompe.

Hubo un silencio. Sólo se oía el crugir de madera vieja, mezclado con risas sofocadas. Se preguntaba Lucas si no debía presentarse para restablecer el orden, espantando á las dos bandadas como á gorriones sorprendidos en una granja. ¡Cuántas veces él mismo había reñido á aquellos niños temiendo que sus juegos obstinados fuesen causas de disgustos! ¡Pero era tan graciosa esta alegría infantil, este valor para juntarse á pesar de los obstáculos! Un momento más y se decidiría á corregirlos.

Un grito de triunfo estalló; la cabeza de Pablo asomó tras la pared y se vió que Nanet lo aupaba, después lo pasaba al otro lado para dejarle caer en brazos de Luciano y Antonieta. Pablo, aunque también pasaba de los catorce, pesaba poco, delgado y delicado, hermoso niño rubio muy bueno, muy amable, con ojos de inteligencia. En cuanto cayó en brazos de Antonieta, la besó, pues la conocía bien y le gustaba encontrarse con ella, porque estaba alta y guapa para sus doce años y tenía mucha gracia.

—¡Ya está aquí, Nisa, ya ha pasado uno!

Nisa, inquieta y procurando apagar la voz, dijo:
—Chito, chito, Nanet. Se mueve no sé qué, junto al gallinero. ¡Echate sobre la pared, pronto, pronto!

Después, pasado el peligro:

—Atención, Nanet, ahora va Luisa. Voy á auparla yo. Y esta vez, en efecto, fué la cabeza de Luisa la que apareció; cabeza de cabra, de ojos negros, un poco oblicuos, nariz menuda, barba aguda, de vivacidad y alegría graciosas. A los once años era ya una mujercita voluntariosa y libre que trastornaba á sus padres, los buenos Mazelle, estupefactos de que tal

salvaje, cuyo corazón rebosaba, hubiera podido germinar de su plácido egoísmo. No esperó siquiera á que Nanet la ayudase á bajar; saltó ella misma, cayó en brazos de Luciano, el camarada que adoraba, el mayor de todos, alto y fornido á los quince años, como un hombre, y que muy ingenioso, lleno de inventiva, le hacía juguetes extraordinarios.

—Ya van dos, Nisa; sólo faltas tú. Sube pronto. Todavía se mueve algo junto al pozo.

Crugió la madera; todo un trozo del espaldar debió de venir abajo.

—¡Ay! ¡ay! Nanet, no puedo. Es que Luisa ha dado patadas y todo lo ha echado á tierra.

—Espera, no importa, dame las manos; Nisa, yo te subiré.

—No, no; no puedo; bien lo ves, Nanet; por más que me estiro; soy muy pequeña.

—Cuando te digo, Nisa, que yo te alzaré... Más, más. Yo me bajo, álzate tú, ¡aupá! Ya ves cómo te subo.

Se había puesto de bruces sobre la pared; sólo se sostenía por un prodigio de equilibrio; y con un vigoroso esfuerzo de riñones levantó á Nisa y la puso á horcajadas delante de sí. Tenía ella el pelo más alborotado que de costumbre; una cabeza rubia de cordero rizado, boca de rosa, siempre risueña, bonitos ojos azules color de cielo. Buena pareja ella y su amigo Nanet, los dos del mismo oro suave, con iguales guedejas, que sacudían los cuatro vientos.

Un momento siguieron á horcajadas, frente á frente, triunfantes, entusiasmados, viéndose en el aire.

—¡Ay qué Nanet, qué fuerza tiene! ¡Parece mentira, y me ha subido!

—Es que has crecido mucho, Nisa... Yo tengo catorce años, ya lo sabes.

—Y yo once, Nanet... ¡Pero, mira, eh! Parece que estamos á caballo en un caballo muy alto de piedra.

—Oye, Nisa, ¿quieres que me ponga de pie?

—¡Ay, sí, de pie! ¡Yo también voy á ponerme, Nanet!

Pero otra vez se movió algo en el jardín. Ahora hacia la cocina; y asustados se agarraron uno á otro

y se dejaron caer, estrechándose con todas sus fuerzas. Pudieron matarse. Pero reían como locos, y al verse en tierra, siguieron allí jugando, riendo con más fuerza, sin el menor daño, encantados con la voltereta. Ya Pablo y Antonieta jugaban locos, corriendo entre la escalera y las rocas desprendidas que formaban allí, al pie de los Montes Bleuses, deliciosos escondites.

Lucas, viendo que era ya muy tarde para intervenir, se fué suavemente sin hacer ruido. Como no le habían visto, no se sabría que había hecho la vista gorda.

¡Niños amados, que en buen hora obedeciesen al fuego de su juventud, juntándose así al aire libre á pesar de las prohibiciones! Eran el florecer de la vida que ya sabía para qué futuras cosechas florecía así en ellos. Tal vez traerán la reconciliación de las clases, el mañana de justicia y de paz. Lo que los padres no podían hacer, ellos lo harían, y sus hijos mejor todavía, gracias al continuo cambiar de la evolución que latía en sus venas. Y Lucas, ocultándose para alejarse sin alarmarlos, reía solo, alegre, al oírlos reír, sin pensar en la dificultad que tendrían pronto para volver á saltar el muro. Jamás había tenido tanta esperanza en el porvenir entrevisto, tan bueno; jamás había sentido en sí tanto valor para la lucha y la victoria.

Vino entonces la lucha encarnizada, sin cuartel, de largos meses, entre la Cr cherie y el Abismo. Lucas, que había creído un momento vacilante la primera, cerca de desvanecerse en la ruina, puso todo su esfuerzo en mantenerla en pie.

No esperaba ganar terreno en mucho tiempo; quería no perderlo; ya fué un buen éxito quedar estacionario, viviendo, á pesar de todo, bajo los golpes que le abrumaban por todas partes; pero,  qu  formidable faena, qué alegre bazar a en el trabajo! Era sin cesar el  p stol de una idea, en su prodigio. Estaba en todas partes   la vez, entusiasmando   los obreros en los talleres de la fábrica, estrechando los lazos fraternales de grandes y pequeños en la Casa Comunal, atento   la buena administración en los almacenes. No

se veía más que á él en las anchas calles llenas de sol de la Ciudad naciente, en medio de niños y mujeres, ganoso de jugar y reír, como padre joven de este pequeño pueblo que era suyo. A un además de Lucas, todo nacía, crecía, se organizaba, gracias á su genio, á su fecundidad de creador, de cuyas manos abiertas caían semillas por donde quiera que pasaba.

Y el mayor milagro fué la conquista de sus obreros, entre los cuales la discordia y la rebelión habían alentado un momento. Aunque Bonnaire seguía no pensando como él, había conquistado el afecto de este hombre tan bravo, tan bueno, hasta el punto de encontrar en él el lugarteniente más fiel, más abnegado; sin el cual la empresa no hubiera podido cumplirse. Así mismo su fuerza de amor había obrado sobre todos los trabajadores, todos se habían agrupado poco á poco, estrechándose en torno de su persona al verle tan cariñoso, tan fraternal, no viviendo más que para la dicha ajena, seguro de encontrar en ella la propia. El personal de la Crèche iba siendo una gran familia unida por lazo cada vez más estrecho; cada cual había acabado por comprender qué era trabajar por su propio contento, trabajar por el de todos. En seis meses ni un obrero dejó la casa, y si los que habían marchado aún no volvían, los que quedaban se sacrificaban hasta el punto de no recoger la totalidad de sus beneficios, para permitir á la Casa constituir un fondo de reserva considerable y sólido.

En esta obra crítica, esta solidaridad de todos los miembros asociados, luchando por la obra común, fué, sin duda la que salvó á la Crèche, impidiéndole hundirse bajo la maldición del egoísmo y la envidia del antiguo Beauclair. El fondo de reserva con tal prudencia acumulado, aumentado, fué un auxilio decisivo. Permitted hacer frente á los días difíciles, evitó recurrir durante las crisis á mortales empréstitos. Gracias á él se pudo por dos veces comprar máquinas nuevas, necesarias para los cambios en la fabricación, y que bajaron mucho los precios de fábrica. Después ayudó la buena suerte; hubo por aquel tiempo grandes trabajos de puentes, construcciones metálicas, ferrocarriles, que exigieron cantidades conside-

rables de rails, vigas y armaduras. La larga paz en que vivía Europa, desarrollaba singularmente la industria del hierro en lo que puede producir de pacífico y civilizador. Nunca hasta entonces había el hierro entrado por tanto en la habitación humana. Había aumentado, pues, la fabricación en la Crécherie, sin grandes ganancias, pues Lucas quería producir á buena cuenta pensando en el porvenir. Fortalecía la fábrica con una administración muy juiciosa, continuas economías y toda aquella reserva de dinero en caja, pudiendo entrar en línea de combate á la primera amenaza. La devoción de todos á la causa común, la abnegación solidaria de los trabajadores, de los asociados, dejando su parte, hacían lo demás, permitiendo esperar el día del triunfo sin sufrir demasiado.

En el Abismo, la situación seguía más floreciente, la cantidad de negocios no había bajado, y seguía la buena fama del éxito por la fabricación cara de granadas y cañones. Pero ya no había en ello más que una apariencia, y Delaveau comenzaba á sentir á veces serias inquietudes, que no confesaba. Tenía consigo á todo Beauclair, á toda la sociedad burguesa y capitalista amenazada. Seguía además convencido de que él era la verdad, la autoridad, la fuerza, y la victoria final segura.

Pero así y todo, ya le corroía una duda secreta; lo dura que tenía la vida la Crécherie, cuya ruina profetizaba cada tres meses, le turbaba. No podía luchar en el hierro y acero del comercio con los rails, vigas y armaduras que la fábrica vecina producía baratos y en excelentes condiciones.

Sólo le quedaban los aceros finos, los productos cuidados á tres y cuatro francos el kilo, que dos casas muy importantes fabricaban también en un departamento vecino. Se hacían una terrible competencia; veía que sobraba una de las tres y la cuestión era saber cuáles serían las que se comerían á la otra. Debilitado por la Crécherie, ¿iría á ser el Abismo la casa condenada á desaparecer? Esta duda le roía siempre, y aunque redoblaba su actividad, guardando una actitud de serena confianza en la buena causa, esta religión del salario, de que era el defensor. Pero más

que esta competencia y los azares de las luchas industriales, le preocupaba el no verse apoyado por un fondo de reserva que le permitiera hacer frente á las necesidades en catástrofes imprevistas. Si se declaraba una crisis, un paro, una huelga, simplemente un mal año, ya sería un desastre, pues la fábrica no tendría con qué vivir esperando la vuelta de los negocios. Ya en un caso de apuro, para adquirir nuevas máquinas, había habido que tomar prestados trescientos mil francos cuyos intereses eran gravosos ahora en el balance anual. ¿Y qué sería si había que seguir pidiendo prestado ahora y siempre hasta el salto final en la cima de la deuda?

Por este tiempo procuró Delaveau llamar á la razón á Boisselin. Cuando había decidido á éste á confiarle los restos de su fortuna, le había prometido, si compraba el Abismo, ganarle grandes intereses que le permitirían continuar su vida lujosa. Pero ante las dificultades, deseaba verle bastante razonable para reducir su tren durante algún tiempo, con la seguridad de volver á él y aun aumentarlo en cuanto la fortuna volviera á ser propicia. Si Boisselin hubiera consentido en no sacar más que la mitad de los beneficios, se hubiera podido constituir el famoso fondo de reserva, atravesando el Abismo, victorioso, los años malos. Pero el primo era intratable, lo exigía todo, no quería suprimir nada de sus recepciones, de sus caerías, de la vida que llevaba, cada vez más dispensiosa. Reñían á veces. Si el capital amenazaba no su- dar más los intereses esperados, si la carne de trabajo, los obreros, no bastaban ya para mantener al ocioso en su lujo, el capitalista acusaba al director industrial de no cumplir sus promesas queriendo mermarle la renta. Y Delaveau, irritado, desesperado por la imbecilidad de esta ansia de goces, no sospechaba nada de su mujer, Fernanda; no la veía detrás del fátuo buen mozo; no veía á la corrupta, la que lo devoraba todo en caprichos y locuras. Ardía en fiestas la Guerdache; Fernanda gozaba allí desquites tan deliciosos, se embriagaba con tales triunfos, que detenerse en su alegría la hubiera parecido perderse. Ella misma irritaba á Boisselin diciéndole que su marido decata, que no sa-

caba de la fábrica todo lo que se podría, y según la única manera de aguijonearle, era acosarle pidiéndole dinero. La actitud de Delaveau, hombre autoritario, que jamás hacía de las mujeres confidentes, ni aun de la suya, aunque la adoraba, había acabado por convencerle de que estaba en lo cierto y de que si quería más tarde realizar su sueño, volver á París con los millones conquistados, había que pinchar sin descanso á su marido, y devorarlo todo para centuplicarlo todo.

Sin embargo, una noche Delaveau se clareó sin querer delante de Fernanda. Volvían de una cacería, de la Guerdache, durante la cual Fernanda, cuyo mayor placer era galopar á caballo, había desaparecido con Boisgelin. Había habido luego una gran comida y era más de media noche cuando el matrimonio volvió al Abismo en carruaje. La joven, que parecía muerta de cansancio, como ahita de los ardientes placeres que eran su vida, se apresuró á desnudarse, deliciosa en su fatigada desnudez; luego se estiró bajo el abrigo de su lecho, mientras su marido, sin prisa, se desnudaba metódicamente dando vueltas por el cuarto, colérico y preocupado.

—Dime tú—preguntó al fin,—¿no te ha dicho nada Boisgelin cuando desaparecisteis juntos?

Sorprendida Fernanda, abrió los ojos, que ya se le cerraban.

—No—respondió;—nada importante á lo menos. ¿Qué quieres que me dijera?

—¡Ah!—prosiguió Delaveau,—es que antes habíamos tenido una discusión. Ha vuelto á pedirme diez mil francos para fin de mes. Y esta vez me he negado en redondo; es imposible; una locura.

Levantó ella la cabeza, brillantes los ojos.

—¿Por qué una locura? ¿Por qué no le das esos diez mil francos?

Era ella precisamente quien había apuntado á Boisgelin esta nueva petición, para la compra de un automóvil eléctrico en el cual tenía el ardiente capricho de hacerse pasear con loca velocidad.

—Pues—gritó Delaveau, confesando sin querer,—porque ese imbécil acabará por arruinar la fábrica con sus continuos gastos. Saltaremos si no se decide á

reducir su tren. Y es una necedad ese continuo holgorio, su vanidad estúpida de que se lo coma todo el mundo.

De un salto se había ella incorporado, algo pálida, mientras que él agravaba aún su confianza añadiendo con su ruda candidez de marido ciego:

—Sólo hay una persona razonable en la Guerdache, la pobre Susana, la única que no se divierte. Dá lástima verla tan triste; y al rogarla hoy que interviniera con su marido, me ha contestado, ahogando las lágrimas, que no quería mezclarse absolutamente en nada.

Esta torpe alusión á la mujer legítima, á la sacrificada, tan digna y tan alta en su renunciamento, acabó de exasperar á Fernanda. Pero, sobre todo, la idea de que la fábrica pudiera estar en peligro, la misma fuente de sus placeres, la inmutaba. Volvió al asunto.

—¿Que vamos á tronar? ¿Por qué dices eso? Yo creía que los negocios iban muy bien.

Había puesto tal pasión inquieta en la pregunta, que Delaveau, desconfiando, temiendo verla amplificar los temores que se ocultaba á sí mismo, no dijo la verdad total, cuya confesión iba la cólera á arrancarle.

—Claro que los negocios van muy bien. Pero irían mejor todavía si Boisgelin no vaciase la caja, para la vida de idiota que lleva. ¡Te digo que es estúpido, con su pobre mollera de guapo mozo!

Tranquilizada, volvió Fernanda á tenderse con un gracioso movimiento de su cuerpo adorable, tan fino y esbelto. Su marido no era más que un espíritu grosero, brutal, avaro, que soñaba con soltar lo menos posible de las sumas considerables que tenía la fábrica en caja; y las bromas pesadas, las palabrotas con que perseguía á Boisgelin, eran otros tantos ataques indirectos que la herían personalmente.

—Querido—concluyó con sequedad,—no todo el mundo está hecho para embrutecerse en el trabajo todo el día, y los que tienen dinero hacen bien disfrutándolo como quieren y gozando las distracciones de una existencia superior.

En el primer ímpetu quiso Delaveau responder; pero consiguió contenerse con gran esfuerzo. ¿A qué in-

tentar convencer á su mujer? La trataba como á niño mimado, dejándola obrar á su antojo, sin que en ella le enojasen nunca errores de conducta que en otros reprobaba con calor. Ni aun advertía su vida loca, pues ella misma era su locura, la joya que había querido en sus groseras manos de gran trabajador. Nunca la había amado, deseado nada más; cuando de noche la encontraba en el lecho llena de exquisito encanto, de un perfume embriagador, después de las ásperas jornadas que pasaba él en medio del humo acre de los trabajos negros que aturdián, del Abismo. Seguía siendo ella su admiración, su adoración, el ídolo que se pone aparte en una abdicación supersticiosa de la dignidad y el buen sentido, y del cual no cabe dudar ni sospechar. Guardaron silencio, y Delaveau, por fin, se acostó también, sin apagar todavía la lámpara eléctrica puesta sobre la mesita de noche. Permaneció un momento inmóvil, con los ojos muy abiertos. Sentía cerca de sí el tibio calor, el olor penetrante de aquel cuerpo de mujer cuyo seno y brazos desnudos, entre encajes, tenían la suavidad de la seda. Ya Fernanda se dormía, había cerrado los ojos y su hermoso rostro, pálido por el cansancio, aparecía más apetecible en medio de las ondas del cabello desatado.

Se volvió el marido y besó un mechón suelto cerca de la oreja. Como ella no se meneaba, la creyó enfadada y quiso agradarla mostrando que comprendía las flaquezas del lujo.

—Sea todo por Dios! Yo le daré esos diez mil francos, ya que tanta gana tiene de un automóvil. Lo que digo es por prudencia. Hermosa cacería la de hoy.

Seguía ella sin responder. De su boquita roja, algo entreabierta, que dejaba ver los dientes fuertes y brillantes, salía un aliento caliente, regular, mientras el seno levantaba sus puntas de rosa en una leve palpitation, como oprimido por larga fatiga de amor. Dormía, rendida, medio desnuda; había sacudido una punta del cobertor y fermentaba la embriaguez de los placeres de aquel día.

—Fernanda, Fernanda—dijo suavemente Delaveau, tocándola otra vez con los labios.

Convencido de que dormía, se resignó, renunció,

—Pues entonces buenas noches, Fernanda.

Después de apagar la luz, se tendió de espaldas. Pero él no podía dormir, y siguió con los ojos abiertos en la obscuridad. Febril, insomne junto á aquella mujer tibia y bien oliente, volvió á sus temores, á la ansiedad que le causaba la crisis de la fábrica. En este estado doloroso de vigilia se agravaban las dificultades; nunca había visto el porvenir con semejante lucidez, desde puntos de vista tan sombríos. Clara se le ofrecía la causa de la ruina, la locura de gozar, la enfermiza impaciencia de gastar el dinero apenas ganado. De seguro en alguna parte había una sima que se tragaba la fortuna, una llaga abominable por la cual se escapaban toda la salud y toda la ganancia del trabajo. Muy franco consigo mismo, hacía examen de conciencia y nada encontraba que reprocharse. En pie muy temprano, era el último en dejar los talleres de noche, siempre vigilante, conduciendo su numeroso personal como si fuera un regimiento. Y además, un esfuerzo sostenido de todas sus notables facultades, mucha rectitud en su rudeza, una rara potencia de método y de lógica, una lealtad de combatiente que ha prometido vencer, que quiere vencer ó sucumbir. Y padecía mucho sintiéndose resbalar hacia el desastre, á pesar de su heroísmo, por una destrucción lenta de todo lo que creaba, por un estrago cotidiano que venía no sabía de dónde y que su energía no podía contener. Sin duda los continuos gastos, lo que él llamaba la vida de imbécil de Boisgelin, el ansia glotona del placer, era el cáncer que devoraba la fábrica. ¿Pero quién le embrutecía así? ¿Quién alentaba la demencia del pobre hombre, que él no acertaba á comprender, como juicioso trabajador, sóbrio, continente, que odiaba la ociosidad y los goces que destruían toda la salud creadora?

No sospechaba Delaveau que quien demolía, envenenaba, vivía á su lado el día entero, era su Fernanda adorada, tan bonita, delicada y esbelta, dormida á su lado y cuyo tibio perfume le embriagaba de amor. Mientras él se afanaba entre el humo y el calor de los hornos haciendo sudar el dinero con dolor á sus obreros, ella lucía sus claros trajes bajo las umbrías

de la Guerdache, lanzaba el oro á los cuatro vientos, y con sus dientes blancos mascaba como pastillas cientos de miles de francos que mil jornaleros le forjaban entre el estrépito de los grandes martillos. Y aquella misma noche, mientras él se atormentaba pensando en cómo buscar recursos para los próximos pagos, dormía ella á su lado, carne con carne, abrumada por la voluptuosidad, cansada de haber gozado. A veces su deseo varonil volviase hacia la compañera que era suya, y cuyo espíritu desconocía absolutamente. Sentía á su lado en completo abandono, pudiendo poseerla sin que ella lo notara tal vez. Luego volvía á las angustias de su batalla industrial. Y no era ella más que una niña inconsciente cuyo sueño respetaba como toleraba sus caprichos, no llegando jamás al fondo de aquel cuerpo divino, ídolo de su culto. Se durmió al fin y soñó que bajo el Abismo había fuerzas perversas y diabólicas que iban comiendo el suelo para que la fábrica entera se hundiese en una noche fulgurante de tempestad.

En los días siguientes Fernanda se acordó de los temores que su marido le había manifestado. Aun dando lo suyo á lo que ella creía su amor al dinero amontonado, su odio al lujo, todavía tembló pensando en la ruina posible. Arruinado Boisgelin, ¿qué sería de ella? No era sólo el fin de esta vida alegre, el desquite de su miseria antigua cuando mostraba botinas descarcañaladas, bajo la explotación brutal de los hombres. Era además la vuelta á París, vencidos por la suerte, una vivienda de mil francos en el fondo de algún barrio excéntrico, un empleillo en que Delaveau vegetaría, mientras que ella volvería á caer en la grosería, en la bajeza de un ajuar de trabajadores. ¡No, no! No consentía, no se dejaría arrancar la presa dorada; con todas sus carnes se agarraba al triunfo, con todas las fuerzas ávidas de su sér. En aquel cuerpo tan fino y delicado, bajo la gracia ligera, había una fiereza de loba de furiosos instintos carniceros. Estaba resuelta á saciar sus apetitos hasta el fin sin perder ni comprometer nada. Despreciaba la fábrica fangosa y negra en que oía día y noche forjarle su placer á los obreros que tostaban la piel para que

ella tuviese una vida de pereza, fresca y feliz; en aquel bajo oficio los veía como animales domésticos que la sustentaban, que le evitaban toda fatiga. Jamás manchaba sus pies menudos en el fangal de los cobertizos; nada le importaba el rebaño humano que desfilaba ante su puerta, agobiado por el trabajo malhecho. Pero el rebaño era suyo, la fábrica suya, la idea de que la agotaran su fortuna arruinando la fábrica, la sublevaba, la lanzaba á la guerra como un atentado contra su persona. Quien dañaba al Abismo era su enemigo, un malhechor peligroso de quien había de librarse por cualquier medio. Por eso había ido corriendo su odio á Lucas desde que lo había visto por vez primera, en aquel almuerzo de la Guerdache, adivinando en él con sutil olfato de mujer, al hombre que se le atravesaba en el camino. Siempre era el obstáculo. Y ahora amenazaba destruir el Abismo y lanzarla á ella á las molestias de la mediocridad. Si le dejaba hacer, adiós felicidad, la robaba lo que amaba más en la vida. Furiosa, bajo tanta gracia, ya sólo pensó catástrofes para aniquilarle.

Pronto haría ocho meses, en una noche postrera de ternura, Josina había dicho adiós á Lucas, aplazando la dicha que la vida les debía, cuando estalló un drama que había de dar á Fernanda ocasión para la catástrofe soñada, esperada. Josina había salido fecundada de los brazos de Lucas en aquella noche tan triste y deliciosa. Estaba en cinta, y en cinco meses Ragú no lo notó siquiera; pero un día, borracho, quiso maltratarla y lo comprendió todo por el ademán de terror que hizo ella defendiendo el vientre. Primero, de estupor, quedó inmóvil.

—¡Estás preñada, preñada, cerda!... Por eso andabas con tapujos y no te mudabas de camisa delante de mí. ¡Tan bruto soy yo, que no vi nada, como tú tramposa!

Como un relámpago atravesó su mente la seguridad de que aquel hijo no podía ser suyo. Nunca tocaba en ella, como él decía, más que para el placer, muy seguro de sus radicales precauciones. Nada de hijos, que eran grilletos. Divertirse juntos, y á vivir, tropa; fuera estorbos. ¿De dónde venía entonces aquel hijo?

¿Quién lo había hecho? Y otra vez apretó los puños rugiendo de cólera.

—Eh, puerca, ¿No se habrá hecho él solo? ¡No te atreverás á decir que es cosa mía! Bien sabes que nunca he querido hijos. ¿De quién es? Responde, responde, responde pronto, ¡indecente! ó te aplasto.

Josina, muy blanca, con los suaves ojos valientes, fijos en el borracho, no respondía. Había algo de asombro en su temor al verle enfurecerse así, pues parecía que ya nada le importaba ella, y todos los días la amenazaba repitiendo que se vería libre si otro la recogía en el arroyo. El había vuelto á la mala vida, seducía á las infelices obreras que querían oírle; se contentaba con las vagabundas andrajosas esparcidas de noche por las calles pestíferas del viejo Beclair. Entonces, ya que la insultaba no queriendo nada de ella, ¿por qué se enfurecía de tal modo al saber su estado?

—No es mío, no osarás decir que es mío.

Respondió ella al fin sin quitarle los ojos, en voz baja y profunda:

—No, no es tuyo.

De un puñetazo quiso derribarla. Pero retrocedió y sólo le rozó el hombro. Bramaba.

—¡Y te atreves á decirme eso, cochino pendón!... ¡Y el nombre de ese hombre, dime el nombre para ir á contarle un cuento!

Tranquila respondió ella:

—El nombre no te lo diré; no tienes derecho á saberlo, pues me has dicho veinte veces que estabas harto de mí y que podía arreglármelas por otra parte.

Y añadió:

—No has querido un hijo mío, yo tengo uno de otro, y ese es mi marido ahora, y nada te importa.

La hubiera matado. Tuvo que huir para evitar las patadas con que procuraba el malvado, con atroz idea, hierirla en mitad del vientre. Lo que así le enfurecía era lo que acababa de decir de que otro la había hecho madre, y que en adelante nada de lo de ella le importaba, ni de su cuerpo ni de su vida. El, que no había querido hijos, se sentía mordido por un dolor sordo, á la idea de no ser él el padre. Comprende

día que no era suya; que nunca lo había sido. Otro se la había cogido antes que la hubiera hecho suya; ahora ya nunca lo sería. Esto era lo que confusamente le exaltaba con celos feroces, cuya tortura no conocía ni hubiera creído que podría conocer. Desde entonces, esta mujer que antes quería echar á la calle, que abandonaba por inmundas pérdidas, la encerró, la vigiló, con accesos de furor siempre que la veía hablar con un hombre. La cólera de lo irreparable le arrastraba á continuas violencias, y lastimaba aquella carne cuya posesión se le escapaba por su culpa. Y siempre volvía, en su orgullo herido de macho que no había sabido crear la vida, á su rencor contra el otro, el desconocido que había hecho de esta carne una dependencia de su propia carne.

—Dime el nombre, dime el nombre, y te juro que te dejo en paz.

Pero ella no accedía. Soportaba las injurias y los golpes, respondiendo con suave sinceridad:

—No necesitas saber el nombre; no te importa.

Ragú no podía sospechar de Lucas, ni se le pasó por las mientes, pues nadie, fuera de Scurette, había sorprendido las visitas de Josina. Buscaba entre los compañeros, creyendo en un abandono de un momento. Un día de pago, cuando el vino calienta la sangre. Todo en vano; espío, interrogó, sólo llegó á exasperarse más.

En tanto, Josina se ocultaba de todos, temiendo que Lucas pudiese tener un disgusto por su preñez, si el secreto se descubría. Cuando tuvo la certeza de estar en cinta de él, se sintió primero llena de una alegría inmensa; hubiera querido correr á anunciarle la gran noticia, la buena nueva, segura de hacerle también dichoso. Después pensó inquieta que debía esperar para no precipitar alguna catástrofe en los días difíciles para la Cr cherie. Una casualidad hizo saber á Lucas la venida del hijo bien amado de que era padre. Un día, acompañando á Bonnaire, llegó á su casa charlando y oyó á la Pelos contar á un corro de comadres que su cuñada estaba embarazada, noticia que acompañaba de venenosos comentarios, dando á entender cosas abominables. Quedó sobrecogido, el corazón le

latía con fuerza. A veces Josina venía á la Crèche-rie á buscar á Nanet, que pasaba allí días enteros; y aquel día justamente se presentó en el momento en que se trataba de su preñez y tuvo que responder á las preguntas. Sí, iba á cumplir los meses y ya se notaba mucho. Pero había visto á Lucas, y adivinándole tembloroso, aturdido en su silencio, la atormentaba el no poder hablar, no saber cómo gritarle lo que la hacía tan feliz. Adivinaba desesperada la duda terrible y sabía que con una sola palabra le hubiera calmado, encantado. La frase subía de su corazón, la ahogaba: «¡Es tuyo!» De un modo delicioso pudo decírselo en un momento en que las comadres, dejando de mirarla, volvieron á su charla; primero se llevó las manos al vientre, después á los labios y le mandó en un beso la certeza de su paternidad. Comprendió él y le invadió inmensa alegría.

Aquel día no pudieron hablar, no hubo más que la seña, el beso que acababa de unirlos. Pero Lucas se enteró; pronto supo los celosos furoros de Ragú, sus violencias, la estrecha vigilancia en que encerraba á su mujer. Si aún pudiera dudar, estos celos hubieran bastado para probarle que él era el padre. En adelante, Josina era su mujer. Era suya, de él solo, puesto que el hijo era suyo. El esposo era el padre; el placer que se robaba á una mujer, no dejaba nada, no se contaba. Sólo un lazo ataba á la pareja, sólido, eterno: el hijo, la vida propagada, un sér nuevo nacido de la indisoluble unión de dos seres. Por eso él no tenía celos de Ragú, mientras éste rabiaba celoso; Ragú no existía; era el ladrón que pasa y que se olvida. Para siempre Josina pertenecía á Lucas; ya volvería á él; el hijo era la viva flor de ambos.

Pero desde entonces Lucas padeció mucho sabiendo que Josina, injuriada, maltratada, estaba en continuo peligro de un golpe desgraciado. No podía soportar que siguiera entre las manos brutales é infames de Ragú la mujer adorada para la que quería un paraíso de ternura, rodeándola del culto devoto debido á la madre que el hijo santifica. ¿Pero qué hacer, cómo llamarla á sí cuando ella se obstinaba, discreta, en seguir callando en la sombra para evi-

tarle cualquier contratiempo? Ni quería verle, temiendo una sorpresa, y tuvo que espiarla y sorprenderla para hablar algunas palabras.

Fué una noche muy oscura; Lucas, oculto en un ángulo muy sombrío de la miserable calle de las Tres Lunas, pudo detener á Josina un instante al pasar.

—¡Ah, Lucas, eres tú! ¡Qué imprudencia, amigo mío! ¡Te lo suplico, bésame y huye luego!

Pero él, tembloroso, la cogía por el talle, le hablaba al oído con voz ardiente:

—¡No, no! Josina, quiero decirte... Sufres demasiado; es en mí criminal dejarte así, á ti, tan querida, tan preciosa... Oye, Josina: he venido á buscarte, vas á seguirme para entrar en mi casa, en la tuya, como mujer amada, venerada, feliz.

Ya ella se abandonaba al abrazo de suavidad consoladora. Pero de pronto se separó.

—¿Qué dices, Lucas, no tienes juicio? Seguirte... ¡Dios mío! cuando tal confesión podría ser para ti tan peligrosa. Yo sería la criminal. ¡Vete pronto! Aunque me maten, no diré tu nombre.

Procuró convencerla de la inutilidad de tal sacrificio á la hipocresía del mundo.

—Tú eres mi mujer, pues yo soy el padre de tu hijo, y á mí es á quien debes seguir. Mañana, levantada nuestra ciudad de justicia, no habrá más ley que la del amor, la libre unión será respetada por todos. ¿Qué nos importa la gente á quien hoy escandalizaremos todavía?

Después, como ella se obstinaba en su sacrificio diciendo que para ella lo importante era el hoy, pues le quería libre de todo obstáculo, gritó él angustiado:

—Es decir que jamás volverás á mi lado, que ese hijo no será nunca mío, ante todos, á la luz del día.

Volvió ella á abrazarle y murmuró suavemente, los labios en los labios:

—Volveré cuando me necesites, cuando no sea un estorbo, sino una ayuda, con el hijo querido que será para los dos una fuerza nueva.

Y el negro Beauclair, el viejo lugar apestado de trabajo maldito, agonizaba en las tinieblas en torno

de ellos, bajo el peso de los siglos inicuos, mientras se comunicaban esta esperanza de paz y de ventura.

—Tú eres mi marido; en mi existencia no hubo más que tú; y si vieras qué delicia es para mí callar tu nombre, aun amenazada... ¡guardarlo como una flor secreta y como una armadura! ¡Ah, no me compadezcas, soy muy fuerte y muy dichosa!

—Tú eres mi mujer; te amé desde la primera tarde que te encontré tan miserable, tan divina; y si callas mi nombre, callaré el tuyo; será mi culto, será mi fuerza hasta la hora que tú misma proclames nuestro amor.

—¡Oh, Lucas, qué razonable, qué bueno eres y qué felicidad nos esperas!

—Eres tú, Josina, quien me ha hecho bueno y juicioso, y porque te amparé una noche, seremos felices más tarde en la dicha de todos.

Sin hablar más, quedaron abrazados un instante. La sentía temblar toda, con su vientre sagrado de mujer fecunda, cuyas sacudidas le prometían la vida futura que había sembrado en ella; y ella se apretaba contra él, como para entrar, desaparecer en el esposo; y luego volvió invencible y gloriosa á su martirio, mientras él se perdía en las tinieblas, alentado, tornando á su batalla y su victoria.

Algunas semanas después, el azar puso en manos de Fernanda el secreto de Josina. Fernanda conocía á Ragú, cuya vuelta al Abismo había hecho ruido, y al cual, desde entonces, Delaveau afectaba estimar, empujar hacia arriba, habiéndole nombrado maestro pudelador, dándole gratificaciones, á pesar de su abominable conducta. Estaba Fernanda enterada del drama de los Ragú. Sin aprensión, el marido lanzaba, en voz alta, inmundas injurias contra su mujer, llamándola perdida públicamente. Corría esto por los talleres: ¿De qué compañero sería el hijo de Josina? Delaveau había hablado delante de Fernanda de lo que le molestaba todo esto, pues Ragú tomaba muy mal la cosa, rabioso de celos, trabajando como un loco, ya sin tocar un útil en tres días, ya matándose con la faena, braceando el metal en fusión con furia como quien necesita golpear y matar.

Una mañana de invierno, ausente Delaveau desde la víspera en París, donde tenía que pasar tres días, Fernanda, al desayunarse, hizo algunas preguntas á su doncella, que le servía el té con tostadas. Estaba allí Nisa tomando su taza de leche y mirando golosa el té de su madre, golosina prohibida.

—¿Es verdad, Felicia, que han vuelto á reñir los Ragú? La lavandera me ha dicho que Ragú esta vez por poco mata á su mujer.

—No sé, señora; pero puede que hayan exagerado, pues acabo de ver á Josina pasar lo mismo que otras veces.

Tras de una pausa, añadió la doncella, marchándose:

—Eso no quita que la mate el día menos pensado, pues lo dice á todo el mundo.

Volvió el silencio. Fernanda comía lentamente, sin decir una palabra, perdida en sus negros pensamientos; cuando Nisa, en medio de aquel pesado recogimiento de invierno, pensó en voz alta, canturreando:

—El verdadero marido de Josina no es Ragú, es el dueño de la Crèche, ¡el señor Lucas, el señor Lucas, el señor Lucas!

Estupefacta su madre, levantó los ojos y la miró fijamente.

—¿Qué estás diciendo ahí? ¿Por qué dices eso?

Nisa, asustada por haber cantado sin querer, metía la nariz en la taza haciéndose la inocente.

—¿Yo? Por nada. No sé.

—¡Cómo que no sabes, embusterilla! No se te ha ocurrido eso porque sí; alguien te lo ha dicho, para que lo repitas.

Cada vez más aturdida, viendo las malas consecuencias del negocio, Nisa, terca y contra la evidencia, quiso insistir con la mayor frescura.

—Te lo aseguro, mamá; á veces canta una sin saber lo que dice, lo primero que se le ocurre.

Fernanda, iluminada de repente:

—¿Ha sido Nanet—dijo,—quien te ha dicho todo eso?

Sí, Nanet había sido. Pero ella, por miedo de que la riñeran si se descubrían sus nuevas escavatorias, volvió á mentir.

—¡Qué Nanet, Nanet! ¡Si no le veo desde que me lo prohibiste!

La madre, febril por el anhelo de saber, se suavizó de pronto. No pensó en castigar las escapadas de Nisa, ante el hecho importante de que quería estar segura.

—Oye, mona mía, es muy feo no decir la verdad. La otra vez te castigué porque mentiste. Ahora si dices la verdad, te prometo no castigarte. Vamos, sé franca, ¿fué Nanet?

Nisa, buena niña en el fondo, respondió al punto:

—Sí, mamá, Nanet.

—¿Y te ha dicho que el verdadero marido de Josina era el señor Lucas?

—Sí, mamá.

—¡Y él qué sabe! ¿Por qué dice eso?

Nisa, aturdida, tuvo que meter otra vez la nariz en la taza, por su inocencia de chiquilla.

—¡Oh! por ciertas cosas, por ciertas cosas... En fin, porque él bien lo sabe.

A pesar de los deseos de enterarse, se avergonzó Fernanda de las preguntas que hacía á su hija, y no insistió más, esforzándose en deshacer el efecto de la curiosidad brutal que había demostrado.

—Nanet no sabe nada; dice necedades, y tú eres una tonta repitiéndolas. Vas á hacerme el favor de no cantar jamás semejantes disparates, si quieres comer postre.

Acabaron de desayunarse silenciosas, preocupada la madre, contenta la hija de haber salido bien á tan poca costa.

Fernanda pasó el día en su cuarto reflexionando, discutiendo consigo misma. Primero se preguntó si lo que Nanet decía era la pura verdad. Pero, ¿cómo dudar? Quería mucho á su hermana para mentir; era que sabía, que había visto, oído. Y además, todos los pormenores reunidos, hacían la historia verosímil, evidente. Después, Fernanda pensó cómo podía utilizar semejante arma que la casualidad ponía en sus manos. Confusamente todavía, ideaba ya envenenarla, hacerla mortal. Nunca había odiado más á Lucas; De-laveau sólo había ido á París á ver si negociaba un nuevo empréstito; el Abismo peligraba más cada día.

y era una victoria seguramente suprimir á Lucas, que comprometía su vida de lujo y de placer. Muerto el enemigo, muerta la competencia; la derrota imposible. Con un celoso como Ragú, borracho, furioso, los sucesos podían precipitarse. Bastaría con hacerle sacar la navaja del bolsillo. Pero todo era soñar; ¿cómo realizar aquello? Avisar á Ragú, nombrarle al hombre que buscaba hacía tres meses, era el plan indicado; pero, ¿cómo avisarle? Pensó en un anónimo; cortar palabras de un periódico, las pegaría en un papel y esperaría la noche para llevar la carta al correo. Hasta empezó á cortar las palabras. De pronto le pareció el medio poco seguro, de eficacia escasa, porque un anónimo es frío, puede despreciarse. Si á Ragú no se le hería en lo vivo, de repente, irritándole hasta la demencia, no daría el golpe. Había que meterle la verdad en el cuerpo, arrojársela al rostro en tales circunstancias, que se volviera loco. ¿A quién mandar? ¿Dónde buscar el delator, envenenador? Desanimada, no encontró á nadie, y la sorprendió la noche buscando en vano, febril, ya enferma, por aquella tragedia con cuyo desenlace no daba.

Al acostarse, temprano, á eso de las diez, ya había tomado una resolución. Al día siguiente haría llamar á Ragú con el pretexto de preguntarle si dejaba á su mujer venir á coser á casa algunos días; y cuando estuvieran solos, tal vez ella encontraría modo de decirse todo. Pero tampoco esto la satisfacía; temía las consecuencias de esta revelación hecha abajo, en el gabinete de su marido ausente. Gozaba con la ausencia, todo el lecho era suyo y estiraba los miembros, fatigada por la fiebre. Se durmió al fin cansada, llena de dudas, y no dió cuenta de sí hasta las cinco; al dar el reloj esta hora, despertó de repente; boca arriba, los ojos muy abiertos en las tinieblas; volvió á sus reflexiones en el punto en que quedaban, y resolvió el problema al punto con audacia y claridad extraordinaria. Era muy sencillo, tenía que ir ella misma á la fábrica, con el pretexto ya inventado, para dejar caer la frase irreparable en el curso de la conversación. Justamente se había enterado; sabía que Ragú trabajaba aquella noche; de suerte que al ser

de día, hacía las siete, podría bajar y le sorprendería en el momento en que los relevos de día reemplazaban á los de la noche. Con la fiebre ya no discutía, tenía la absoluta seguridad de poseer la solución mejor; y lo que la empujaba era menos la razón que la sensación de mujer seductora, comedora de hombres, contando con la complicidad de los seres vivos y de las cosas en circunstancias que no hubiera podido decir, pero que de seguro vendrían. ¡Qué ansiedad de cinco á siete, anhelando el día tan lento en llegar! No volvió á dormir; daba vueltas en el lecho, abrasada con el afán de correr á la cita que ella se daba; y jamás cita de amor, anhelo de voluptuosidad nueva, desconocido, delirante, la había irritado con aquellos mil agujones de fuego. No encontraba sitios frescos para sus miembros; atravesada, ocupaba el lecho entero con sus nudos graciosos de culebra esbelta, la camisa se le había subido con la continua agitación, y el espeso cabello suelto le tapaba el rostro ardoroso. No cejaba en su resolución: ni quería reflexionar, ni prever lo que pasaría. Nada de plan. Todo iría bien, estaba segura. Le parecía que el destino la arrastraba á sucesos necesarios que habían de ser obra suya, sin que pudiera negarse. Sólo sufría esperando, no sabiendo en qué matar los minutos, acabando por acariciarse á sí misma para aplacar un poco el fuego que le quemaba la piel. Sus manos pequeñas, largas, suaves, subían lentamente por los muslos, se detenían en el vientre, volvían á bajar, se deslizaban por todas partes con somero halago, volvían á subir, corrían á lo largo de las caderas, hasta el seno duro, donde se irritaban de pronto empuñando la carne, apretándola, con la exasperación aguda de no poder calmarse. Al fin, á las siete menos cuarto, la hora exacta que se había fijado, saltó del lecho. El frío de la alcoba la heló, y quedó muy tranquila, dueña absoluta de sí. Aunque apenas se veía, no encendió luz, ni siquiera abrió las persianas. Simplemente, se recogió el pelo y lo sujetó en la nuca; y sin corsé, se puso un holgado peinador de franela blanca que la envolvía toda, y calzó pantuflas de terciopelo también blanco. Y bajó como los días que tenía que dar alguna orden temprano.

Abajo, las criadas dormían todavía, aprovechando la ausencia del amo y contando con que la señora no madrugaría. Fernanda, con precisión de movimientos extraordinarios, atravesó el despacho de su marido, abrió la puerta de la corta y estrecha galería, por la que comunicaba el despacho con las oficinas del Abismo. Los empleados no venían hasta las ocho, y el mozo encargado de barrer se paseaba fuera en la carretera con el guarda, que fumaba tranquilo su pipa. Nadie la vió: atajó por medio del patio y entró en el taller de los hornos de pudelar, sin notarlo alma nacida. Como ella creía con certeza, las circunstancias la ayudaban, las cuadrillas nocturnas acababan de marchar, y las de día aún no habían venido. Para colmo de buena suerte, Ragú, que se había retardado con la furia del trabajo, quedaba solo, mudando de ropa. Fernanda, aunque conocía el camino, jamás se había aventurado así en este negro imperio del hierro y del carbón; le daba mucho asco tanta suciedad unida á tanta bajeza. Vaciló turbada cuando tuvo que entrar con su peinador blanco y los blancos pantuflos en el inmenso agujero obscuro del taller de pudelaje. La luz naciente apenas entraba allí; sólo dos hornos encendidos rasgaban el humo con dos rayos de astro. No sabía dónde pisar entre los cenagosos charcos, sobre el suelo ennegrecido del polvo de carbón obstruído por lingotes de hierro. Un acre olor compuesto del gas de los hornos y de emanaciones humanas le apretaba la garganta. Entró, sin embargo, y de pronto vió á Ragú que se dirigía á la barraca de tablas donde los obreros colgaban la ropa. Toda la noche había braceado el acero con furia, buscando olvido, aniquilarse, meneando el espetón como un arma con que hubiera acuchillado al mundo. Aún estaba empapado en sudor, y no traía sobre sí en aquel momento más que una camisa y un simple mandil, y antes de ponerse su traje de calle, se bebió su cuarto litro, excediéndose de su habitual ración de la noche, empinando la botella, ébrio de vino, de fuego y de ira mal fermentada. De pronto vió á Fernanda, una mujer toda blanca, en la negrura horrible del taller; quedó tan asombrado con tal aparición, que avanzó para darse cuenta.

Fernanda, reconociéndole, empinada la botella, vaciándola, se había detenido aún más tranquila. Estaba medio desnudo, la camisa abierta por el pecho, muy blanco; los brazos dejaban ver su piel hasta los hombros, la piel fina y brillante de los rojos que contrastaba con fuerza con el tono de la cara, congestionada, ya cocida por el fuego. Se había dicho ella que para acercársele esperaría á que se hubiese vestido. Pero no pudo evitarle, pues él venía á ella y tuvo que tratar el asunto inmediatamente.

—Soy yo, Ragú; tengo que preguntarle una cosa, y como sabía que estaba usted aquí...

Seguía él pasmado al verla molestarle de aquel modo viniendo á buscarle, y continuó mirándola con la boca abierta.

Ella misma, pero sólo entonces, comprendió lo absurdo de aquel paso; pero sin pensar en ello ni tratar de excusarse, fué derecha al asunto.

—Venía á preguntarle si consentirá usted que su mujer venga unos días á casa. Necesito á alguien y he pensado en ella.

Olvidó Ragú de pronto lo extraño de la visita. En una ola de ciega cólera, toda su sangre zumbó en su cráneo.

—¡Mi mujer! ¿quiere usted á mi mujer? ¡Rayo de Dios! Llévela y quédese con ella; ¡así se muera!

Este era el furor que Fernanda esperaba. Fingió sorpresa, compasión, mucha pena.

—¿Pero, siguen ustedes reñidos? Yo creí que la había usted perdonado, que se arreglaba todo, esperando al pobrecillo que va á nacer.

—¡Perdonar qué!—gritó Ragú bajo este nuevo latigazo con que azotaba la herida de sus celos.—Perdonar el hijo que le han hecho á esa zorra. ¡Conque el gusto para ella, mientras yo dejo aquí las asaduras!

—Claro que su mujer ha sido ligera; pero es tan joven, tan bonita, y es tan natural á su edad querer divertirse y dejarse vencer por los señoritos buenos mozos que la engatusan!

Cerró él los ojos ante la ardiente visión que le evocaban, loco, rugiendo:

—¡Yo le daré á ella los señoritos que la engatu-

san! ¿Y quiere usted, señora, que perdone y que críe al bastardo que me trae en la panza, como una indecente perra que es?

Entonces Fernanda fingió mucho asombro, lo soltó todo con aire de perfecta inocencia.

—Pero, entonces, ¿qué es lo que me han dicho? Yo creía la cuestión del niño arreglada. ¿No se quedó en que el padre cargara con él?

—¿Cómo cargar?

—¡Pues claro, el dueño de la Crèche, ese señor Lucas, en fin, el padre.

—¿Cómo el padre?

Ragú, estúpido, sin comprender, se había acercado y adelantaba la cara sudorosa, ardiente, hasta tocar casi el rostro delicado de Fernanda, aquella boca fresca de donde salían cosas tan extrañas.

—¿De modo que no es verdad? ¿No sabe usted nada? ¡Dios mío, cuánto siento haber hablado! Me habían dicho que estaba usted de acuerdo con el señor Lucas, que su mujer se quedaba con usted á condición de que él se llevara el niño, ya que era suyo.

Un temblor agitaba á Ragú, sus ojos iban siendo los de un loco, y seguía adelantando la mandíbula convulsa. Y furioso, rugió, perdiendo todo respeto, pues ya no había allí más que una hembra y un macho.

—¿Qué es eso que me cuentas? ¿por qué has venido á contarme eso? Querías plantármelo en las narices; lo del señor Lucas que ha dormido con mi mujer; es muy posible, de seguro, es cierto, porque ahora veo claro y todo se explica. No tengas miedo, al señor Lucas ya le contaré un cuento; de ese me encargo yo... Pero, ¿y tú? di. ¿Por qué has venido, por qué has hecho eso?

Y le echaba en la cara un aliento tan terrible, que se asustó ella comprendiendo que se hacía dueño de la situación, que toda su destreza de mujer seductora no podría nada con esta fiera en libertad. Quiso batiarse en retirada.

—Pierde usted la razón, Ragú; ya volverá usted, ya hablaremos, si quiere, cuando esté más tranquilo. De un brinco la estorbó el paso.

—¡No, no! Oye, tengo que decirte...

Con el miedo, descuidaba ella el peinador mal ceñido y veía él un poco de su seno, suave como seda. Sobre todo, la adivinaba desnuda, sin corsé, sin enaguas, envuelta apenas en el vestido flotante que podría desgarrar de un solo movimiento de sus manos rudas; y olía bien, como si trajera consigo todavía el ambiente del lecho, húmeda, perfumada. Acababa de volverle loco lo extraño de su visita; la carne blanca, la mujer de blanco toda que caía en su negro infierno de rojas llamas.

—Atiende: tú lo has dicho. Los señoritos guapos cortejan á nuestras mujeres y les hacen hijos... entonces, ¿qué te parece? justo es que les paguemos en igual moneda y que á veces les toque la china á sus mujeres.

Había ella comprendido; la empujaba hacia la barraca de tablones, inmundo ropero, agujero de tinieblas que tenía en un rincón harapos amontonados. También ella perdió la cabeza, se defendió, rebelde, aterrada, al acercarse el monstruoso abrazo.

—¡Déjame, ó grito!

—¡Que has de gritar; de fije no llamarás gente; tú perderías más que nadie!

Y seguía empujándola brutalmente, haciendo avanzar la mandíbula, las duras manos ya sobre ella. Un vaho de fiera brotaba de él, de su piel blanca que ella veía tras la entreabierto camisa. Su rabioso trabajo de noche, el sudor de que le había inundado, le empapaba, febril todavía, la sangre, como cocida por el horno con calor de brasa acumulado en sus venas. Fernanda se sentía desfallecer en aquella hoguera abominable, arrebatada, subyugada, sin valor ya para pedir socorro.

—Le juro á tusted que grito, si no me suelta.

Pero él no hablaba, apretaba los dientes, en un frenesí en que la necesidad de sangre vertida acababa en este celo, en ese afán de violación. El último empujón la hizo caer sobre los andrajos amontonados, en el rincón infecto, lecho de ignominia. Con ambas manos había arrancado el peinador, rasgado la camisa; la tenía desnuda, la aplastaba, la quería inmóvil para evitar los arañazos. Un furor sombrío se había

apoderado de ella. Se defendía también como una fiera, en silencio; le arrancaba el pelo, le mordía el pecho y procuraba mutilarle, mientras él seguía rugiendo:

—¡Zorras, zorras! ¡Todas zorras!

De pronto dejó ella de defenderse. Una onda de abominable voluptuosidad, ola de espantosa embriaguez, llegaba á su carne en un escalofrío y aturdimiento que sumergían su voluntad y la entregaban jadeante, delirante. Y esta voluptuosidad afrentosa la producía la misma abyección en que caía; el lecho innoble, aquel retiro obscuro, apestado, el olor salvaje de aquel animal rabiado de piel sudorosa, de sangre quemada por el horno; en fin, el horror sombrío del Abismo, del monstruo que tragaba existencias, cuyas tinieblas atravesadas por llamas le producían un vértigo infernal. La vil curiosa, la perversa que había en ella, tan poco halagada por su marido y por su amante insípido, tocaba allí el fondo de la sensación. Ya consentía. Devolvió el abrazo de la bestia, ebria en su espasmo, jamás sentido, que la hizo gritar de placer loco, como la hembra á quien revienta el macho en el fondo de la selva.

Ragú, al punto, se había puesto en pie. Como el jabalí en su cubil, daba vueltas, rugía vistiéndose de prisa. La chaqueta había caído debajo de Fernanda y la empujó con el pie como un estorbo. Dos veces más, para buscar algo, la zarandeó con el pie, pensando sólo en lo que había perdido, y á cada patada, gruñía:

—¡Puerca, puerca! ¡Puerca!

Apenas vestido, encontró lo que buscaba. Era su navaja, que se le había caído del bolsillo, y estaba debajo de Fernanda. En cuanto cogió la prenda, se fué á escape, lanzando el último rugido.

—¡Ahora, al otro! ¡Voy á ajustarle las cuentas!

Fernanda, entre la ropa vieja, seguía en un espasmo, inerte, aniquilada por la violencia de la sensación; los brazos convulsos cruzados sobre la cara. Sola ya, después de un rato, se levantó con trabajo, recogió el pelo, se envolvió como pudo en los pedazos de su peinador, y tuvo la extraordinaria suerte de volverse como había venido, sin encontrar á nadie, desli-

zándose por las salas desiertas. Por fin, en su alcoba, se creyó salvada. ¿Pero qué hacer de la ropa desgarrada, manchada, inmunda? Los pantuflos de terciopelo blanco estaban negros del todo, el peinador de franela blanca, tenía manchas de aceite, de carbón; la camisa, desgarrada, señales innobles. Se decidió, hizo un lío con aquella ropa que nadie había de ver, y la ocultó bajo un mueble para quemarla después, como el asesino que vuelve con el vestido cubierto de sangre. Luego, después de ponerse una camisa limpia, se acostó otra vez. Quiso olvidarlo todo, incapaz de tenerse de pie, con anhelo de dormir, huyendo del minuto inaudito que acababa de pasar. Pero en vano mudó de camisa, el olor de bestia humana lo tenía en la piel, entre el cabello guardaba el soplo de embriaguez que la había embargado. Tuvo que volver á vivir el minuto; rumió y rumió la voluptuosidad terrible entre el vaho que le impregnaba la carne, que tenía hasta en las uñas. No venía el sueño; estaba boca arriba inmóvil, sepultada bajo la ropa, con los ojos cerrados, apretadas las manos, presa de furioso recuerdo que la sacudía, que la quemaba con el continuo volver de aquel placer ignorado, atroz, con que no podía saciarse. Pasaban las horas y no se movía; era la caída inexorable y deliciosa de un vértigo sin fin.

A eso de las diez, Felicia, la doncella, entró en el cuarto, asombrada de que la señora no hubiese llamado todavía; y más impaciente porque acababa de saber una gran noticia que traía revuelto el barrio.

—¿Está mala la señora?

Como no le respondieron, esperó un instante, y después se dirigió hacia la ventana para abrir las persianas, según costumbre, pero un murmullo que venía de la obscuridad del lecho la detuvo.

—¿Es que quiere la señora seguir descansando?

Tampoco hubo respuesta. Y Felicia, que ardía en deseos de dar la gran noticia, se decidió á pesar de todo.

—¿No sabe la señora?

Un gran silencio llenaba la obscura alcoba. Un va-

go aliento salía del lecho, la vida ardiente decuplada, oculta allí bajo la sofocación acre de las sábanas.

—Pues es el caso que un obrero del Abismo, el tal Ragú, ya sabe usted, acaba de matar de una cuchillada al señor Lucas, el dueño de la Crécherie.

Fernanda, como movida por un resorte, quedó sentada en el blanco lecho, despeinada, desnudo el seno entre la ropa descompuesta.

—¡Ah!—dijo simplemente.

—Sí, señora, le ha metido la navaja por detras, entre los hombros. Dicen que fué por causa de su mujer. ¡Vaya una desgracia!

Fijos los ojos, distraídos, como si viesen lo invisible, el seno palpitante, toda la carne en tensión del espasmo, que seguía, Fernanda permanecía inmóvil, casi á oscuras.

—Está bien—dijo al fin;—déjame dormir.

Y después que la doncella volvió á cerrar suavemente la puerta, el ama se dejó caer otra vez en el desordenado lecho, se volvió hacia la pared, otra vez inmóvil. Ahora un sabor atroz de sangre se mezclaba al olor de fiera que la envolvía, y una excitación monstruosa del crimen entró en su placer. Creyó morir por la violencia de la sensación, aguda, semejante á un hierro cuya punta removiera los pliegues secretos más delicados de la voluptuosidad. Era lo inolvidable, la dicha, el espanto, el triunfo, toda la criatura nerviosa envuelta en un paroxismo de excitación, que no había conocido jamás, que no volvería á conocer, y horas y horas pasó olvidada de todo en el fondo de las tinieblas del lecho ardiente, la cara contra la pared, como si no quisiera volver á la vulgar vida cotidiana, para rumiar á lo infinito aquel placer execrable.

Eran cerca de las nueve, en la escasa claridad pálida de la mañana de invierno, cuando Lucas fué herido. Acababa de hacer, según costumbre, su visita matinal á las escuelas, y Ragú, que estaba en acecho detrás de un macizo de boneteros, se lanzó sobre él y le clavó la navaja entre los hombros, cuando llegaba al umbral sonriendo á unas niñas que le salían al encuentro. Lanzó un grito y cayó, mientras el asesino

no huía y llegaba á la falda de los Montes Bleuses, desapareciendo entre las peñas y la maleza. No estaba allí Scœurette, ocupada en la lechería al otro lado del parque. Las niñas, aterradas, escaparon también pidiendo socorro, gritando que Ragú acababa de matar al señor Lucas. Pasaron algunos minutos antes de que algunos obreros de la fábrica las oyeran y pudieran levantar la víctima, desmayada por la fuerza del golpe. Un charco de sangre manchaba ya las escaleras, rojas, como bautizadas, del ala derecha de la Casa Comunal, donde se encontraban las escuelas. Ni se pensó en perseguir á Ragú, que corría, ya muy lejos.

Lucas, á quien los obreros iban á dejar en una sala próxima, saliendo de su desmayo, les suplicó con voz débil:

—No, no; á mi casa, amigos.

Se le obedeció, y le transportaron en una camilla á su pabellón. Gran trabajo costó colocarle en su lecho, y con la fuerza del dolor volvió á perder el sentido.

Llegó Scœurette, avisada por una niña, mientras un obrero corría á Beauclair para traer al doctor Novarre. La joven, al ver á Lucas, tendido, pálido, cubierto de sangre, le creyó muerto; se dejó caer ante el lecho, junto á sus rodillas, presa de un dolor tan vivo, que el secreto de su amor se le escapaba. Le había cogido una de las manos inerte y la besaba; y entre sollozos, balbuciente, decía su pasión combatida, sepultada en el fondo de su sér. Le llamaba su único cariño, su solo bien. Perdiéndole, perdía su propio corazón; no amaría más, no viviría más. Desesperada, no echaba de ver que Lucas, empapado en sus lágrimas, había vuelto en sí y la oía con infinito afecto y tristeza infinita.

Y murmuró con voz ligera como un hálito:

—Me ama usted. ¡Oh! ¡pobre, pobre Scœurette!

Pero á ella, sólo atenta á la placentera sorpresa de verle vivo todavía, no le pesó de su confesión, satisfecha más bien de no mentirle más, segura como estaba de amarle lo bastante para que su amor jamás le hiciera sufrir.

—Sí, le amo, Lucas; pero en mí no hay que pensar,

Viva usted y eso me basta. Su dicha no me dá pena. Viva usted, viva usted, Lucas; yo seré su criada.

En este momento trágico, ante la muerte que él creía cercana, tal descubrimiento, este amor tan mudo, tan absoluto, envolviéndole, acompañándole como ángel custodio, era de una inmensa suavidad penetrante y dolorosa.

Pobre, pobre Sœurette.

—¡Oh! Mi divina y triste amiga—murmuró otra vez con voz desfallecida.

Se abrió la puerta y entró el doctor Novarre muy inmutado. Al punto quiso examinar la herida, ayudado por Sœurette, cuyas cualidades de enfermera conocía. Hubo un gran silencio, un momento de angustia indecible. Después un consuelo inesperado, un enternecimiento de esperanza. La navaja había encontrado el omóplato y se había desviado, no alcanzando ningún órgano importante, no desgarrando más que la carne. Pero la herida era horrible, el hueso debía de haberse roto, lo cual podía traer complicaciones. Si bien no había ningún peligro inmediato, la convalecencia sería muy larga de fijo; pero así y todo, ¡qué alegría ver la muerte alejada! Lucas tenía cogida la mano de Sœurette y su dicha le hacía sonreír débilmente.

Y preguntó:

—¿Y mi querido Jordán, lo sabe?

—No, nada todavía; se ha encerrado hace tres días en su laboratorio. Pero voy á traerle. ¡Ay! amigo mío, qué feliz me hace la seguridad que nos dá el doctor.

Embelesada, dejaba su mano en la del herido cuando la puerta se abrió otra vez. Entró Josina. Corría á la primer noticia del crimen, trastornada, loca. Se cumplía lo que ella temía. Algún miserable había entregado su querido secreto, y Ragú acababa de matar á Lucas, el esposo, el padre. Acabada estaba su vida, ya nada tenía que ocultar; allí moriría, en su casa.

Al reconocerla, Lucas lanzó un ligero grito. Había soltado con prisa la mano de Sœurette y tendía ambos brazos.

—¡Ah! ¡Josina, eres tú, vuelves á mí!

Y, como tambaleándose, pesada, por causa de su maternidad muy avanzada, se desplomaba ella sobre el borde del lecho, comprendió su angustia mortal y la tranquilizó.

—Vuelve á mí, con el hijo querido, Josina, y no te atormentes; viviré, el doctor lo asegura, viviré para los dos.

La vida volvió á ella en un gran suspiro. ¡Dios mío! ¿Se cumplía, pues, el invencible anhelo, lo que ella esperaba de la vida que parece tan dura y que cumple lo necesario? ¡Viviría él, y aquella espantosa puñalada nos había reunido para siempre!

—Sí, sí, vuelvo á ti, Lucas; volveremos á ti, y esto se ha acabado; ya nunca nos separaremos, puesto que ya nada tenemos que ocultar. Acuérdate que te había prometido volver cuando me necesitaras, cuando no fuese estorbo, sino ayuda; con este hijo querido, lazo que nos dará una fuerza nueva. Todos los demás lazos están rotos; yo soy tu mujer ante todos, mi sitio está aquí, á tu cabecera.

La alegría hizo llorar á Lucas.

—¡Ay! ¡querida Josina, el amor y la ventura entran contigo!

Pero de pronto, se acordó de Scurette. Levantó los ojos y la vió al otro lado del lecho, en pie, un poco pálida, pero sonriendo. Con ademán cariñoso, volvió á tomarle la mano.

—Mi buena Scurette, era un secreto que tuve que ocultar á usted.

—Tras un ligero temblor, dijo ella con sencillez:

—¡Oh! Yo lo sabía; había visto á Josina una mañana salir de casa de usted.

—¡Cómo! ¡Lo sabía usted!

Lo adivinó todo y sintió una lástima, una admiración, una ternura infinita. Aquel amor que renunciaba, mostrando un afecto sin fin, en el don de la vida entera, le conmovía, le exaltaba como acto del más elevado, del más puro heroísmo. Quedo, casi al oído, añadió ella:

—No tema usted, Lucas; lo sabía, nunca seré más que la más fiel y fraternal amiga.

—¡Ah! Scœurette—repitió él con voz apenas perceptible;—¡ah! ¡divina y triste amiga!

Viéndole tan fatigado el doctor Novarre, intervino, y le prohibió en absoluto hablar.

Sonreía discretamente el amable doctor al enterarse de todo aquello. Le parecía muy bien que su herido tuviese una hermana y una mujer para cuidarle; pero había que ser razonable; no llamar la fiebre con tanta emoción. Lucas prometió ser muy juicioso, no hablando más, contentándose con mirar cariñoso á Josina y Scœurette, sus dos ángeles, uno á la derecha y otro á la izquierda de su lecho.

Hubo un silencio prolongado. La sangre del apóstol había corrido; aquel era el calvario, la pasión de donde iba á salir el triunfo. Vió acercarse á las dos mujeres en torno suyo, y el herido volvió á abrir los ojos para sonreirlas. Luego, al dormirse, murmuraba:

—Por fin el amor ha venido; ahora venceremos.

V

Hubo complicaciones que pusieron á Lucas en gran peligro. Durante dos días se le creyó muerto. Josina y Scœurette no se apartaban de su cabecera. Jordán se pasaba las horas sentado junto al lecho del dolor, abandonando su laboratorio, lo cual no había hecho desde la enfermedad de su madre. Desesperados aquellos tres corazones cariñosos, á cada momento temían recibir el último suspiro del sér querido.

La puñalada con que Ragú había herido á Lucas había conmovido á la Crécherie. En los talleres, á pesar del duelo, continuaba el trabajo; pero á cada instante se pedían noticias; todos los obreros se sentían solidarios, unidos á la víctima por el mismo afecto. El crimen absurdo, la sangre que había corrido, estrechaba el lazo fraternal más que varios años de expe-

riencia humanitaria. y hasta en Beauclair se había hecho sentir la simpatía; muchos se reconciliaban con aquel mozo tan joven todavía, tan guapo, tan activo, cuyo único crimen, aparte de su empresa de justicia, era haber amado á una mujer adorada á quien su marido abrumaba con injurias y golpes. En suma, nadie se escandalizaba de ver á Josina, muy adelantada en su embarazo, instalarse junto á Lucas agonizante. Parecía esto muy natural. ¿No era él el padre de aquel hijo? ¿No habían comprado los dos á costa de sus lágrimas el derecho de vivir juntos? Además, los gendarmes que perseguían á Ragú no habían encontrado ningún rastro; todas las pesquisas de quince días habían sido vanas; y el drama parecía desenlazado con el hallazgo del cadáver de un hombre, en el fondo de un barranco de los Montes Bleuses, medio comido por los lobos. En él se creía reconocer los restos horribles de Ragú. No pudo declararse oficialmente la defunción, pero arraigó la leyenda de que Ragú había muerto, ó por un accidente, ó por un suicidio, en la locura furiosa de su crimen. Y si Josina estaba viuda, ¿por qué no había de vivir con Lucas, y por qué los Jordán no habían de aceptarlos en su casa? Y su unión era tan natural, tan fuerte, tan indisoluble, en adelante, que ni aun más tarde pensó nadie en recordar que no estaban casados legalmente.

Al fin, en una hermosa mañana de Febrero, de claro sol, el doctor Novarre creyó poder responder de Lucas; y en efecto, pocos días después estaba en plena convalecencia. Jordán, muy contento, había vuelto á su laboratorio. Sólo quedaban allí Scurette y Josina, muy cansadas por las malas noches anteriores; pero muy felices. Josina sobre todo, que no había querido cuidarse, á pesar de su estado, sufría mucho sin querer decirlo. Y también fué una mañana de sol de primavera, cuando los dolores, cuyas crisis disimulaba desde que se había levantado, le arrancaron un débil grito, mientras presenciaba el primer almuerzo de Lucas, el primer huevo permitido por el doctor.

—¿Qué tienes, Josina mía?

Continuaba ella luchando, pero tuvo que rendirse.

—¡Oh! Lucas, creo que ha llegado el momento.

Comprendió él; sintió una viva alegría; mezclada de inquietud al verla palidecer y vacilar.

—¡Josina, Josina, á ti te toca ahora sufrir, mas para un resultado tan seguro, para una dicha tan grande!

Sœurette acudió desde el saloncillo próximo; y en seguida habló de hacer llevar á Josina á otra parte, porque allí no había donde acostarse. Pero Lucas suplicaba diciendo:

—No, amiga mía, no me lleve usted á Josina. Voy á estar con una terrible ansiedad. A ver cómo nos arreglamos, puede ponerse una cama en el salón.

Tendida en una butaca, Josina, sacudida por grandes dolores, había hablado también de marcharse. Pero sonrió dando la razón á Lucas. ¿Cómo dejarla ahora? ¿No iba el hijo querido á remachar su unión indisoluble? Ya consentía Sœurette, cuando entró el doctor Novarre que venía á hacer su visita ordinaria.

—Vamos, llego á tiempo—dijo alegre.—Ahora tengo dos enfermos. Pero si el papá ya no me inquieta, la mamá tampoco. Van ustedes á verlo.

En algunos minutos todo quedó organizado. Había en el salón un gran diván que se arrastró hasta el medio de la habitación. Se trajo un colchón y se hizo una cama. Tiempo era; el parto vino en seguida con rapidez y felicidad extraordinarias. El doctor seguía riendo, bromeando, y sentía no haberse quedado en casa, pues la cosa iba tan bien. Por exigirlo Lucas, se había dejado de par en par la puerta que separaba la alcoba del salón; y clavado todavía en su lecho, sentado, escuchaba ansioso, anhelando oír, comprender. Preguntaba á cada minuto, ardía en deseos de saber algo. Los menores lamentos de la mujer querida que padecía tan cerca sin que él pudiera verla, le oprimían el corazón. Deseaba que respondiera ella misma; una sola palabra para estar seguro; y tenía ella valor para decir palabras entrecortadas, débiles, procurando parecer alegre, ocultar el temblor de la voz.

—Hombre, esté usted tranquilo y déjenos en paz—dijo el doctor.—¡Cuando se le dice que es una maravilla, y que jamás un hombrecito se ha presentado tan bien! ¡Porque ya lo sabe usted; será hombre de seguro!

De pronto sonó un grito ligero, el grito de la vida, una voz nueva que ascendía entre la luz.

Lucas, inclinado, todo su sér tendido hacia el acontecimiento que se realizaba, oyó el grito y sintió el corazón latir con alegría.

—¿Un hijo, un hijo?—preguntó aturdido.

—¡Espere usted!—respondió Novarre riendo.—No tenga tanta prisa. Hay que verlo.

Casi al punto, añadió:

—¡Pues sí, señor, cierto; es un niño, un hombrecillo, lo que yo había dicho!

Lucas, entonces, rebosando alegría, batió palmas como un niño y gritó cuanto pudo:

—¡Gracias, gracias, Josina! ¡gracias por el regalo! ¡Gracias te digo! ¡y cuánto te quiero, Josina!

No pudo ella responder en seguida, porque el dolor y el cansancio la tenían sin voz. Inquieto ya, repitió él:

—Te amo, Josina, y te doy gracias.

Tendido el oído hacia la puerta, pudo oír una voz muy débil, como un soplo, pero feliz y deliciosa:

—¡Yo sí que te doy las gracias, Lucas; yo sí que te quiero!

Algunos minutos después, Sœurette llevó el niño al padre para que lo besara. Era su amor tan puro, que ella también estaba radiante por toda aquella dicha, gozando una alegría sublime con la ventura de Lucas. Después de besar al niño, la dijo cariñoso y alegre:

—¡Sœurette, amiga mía, tengo que besarla á usted también; bien lo merece, ¡y estoy yo tan contento!

Y en el mismo tono respondió ella:

—¡Corriente, querido Lucas, béseme usted, todos somos muy felices!

Durante las semanas siguientes, se gozó el placer de la doble convalecencia. En cuanto el doctor permitió á Lucas levantarse, quiso éste pasar una hora en una butaca junto á Josina, todavía acostada. Una primavera precoz llenaba la estancia de sol; siempre había sobre la mesa un manojo de rosas admirables que el doctor traía todos los días de su jardín, como receta, de juventud, salud y belleza. Entre los convalecientes estaba la cuna de Hilario, el hijo, que criaba

la madre. Era el niño, sobre todo, quien ahora hacía florecer su existencia con más fuerza y esperanza. Repetía Lucas en sus continuos proyectos para el porvenir, mientras esperaba poder volver á su empresa, que en adelante estaba tranquilo, seguro de fundar la Ciudad de justicia y de paz, pues tenía el amor, el amor fecundo, Josina y su Hilario. Nada se funda sin el hijo que ensancha y propaga la vida, y continúa el hoy con el mañana. La pareja que engendra es la que trabaja en la dicha humana, la que salvará á los pobres hombres de la iniquidad y de la miseria.

La primera vez que Josina, ya en pie, pudo comenzar su nueva existencia junto á Lucas, éste la estrechó en sus brazos, exclamando:

—¡Ah, tú no eres más que mía, nunca has sido más que mía, pues tu hijo es mío! ¡Henos aquí completos, ya no tememos nada de la suerte!

En cuanto Lucas pudo encargarse otra vez de la dirección de la fábrica, la simpatía que llegaba de todas partes, aumentó maravillosamente; pero no sólo el bautismo de sangre determinó el buen éxito de la Crécherie; hubo además un feliz hallazgo; volvió á ser la mina fuente de enorme riqueza, pues se volvió á dar con los filones considerables de excelente mineral que daban la razón á Morfain. Se produjo desde entonces hierro y acero tan baratos y tan buenos, que el Abismo se vió amenazado hasta en su fabricación de objetos finos y caros. Toda competencia se hacía imposible. Además, el gran empuje democrático multiplicaba doquiera las vías de comunicación, la extensión sin fin de los ferrocarriles, la construcción decuplada de puentes, edificios, ciudades enteras en que el hierro y el acero se empleaban en proporción prodigiosa, creciente, sin cesar. Desde los primeros vulcanos que habían fundido el hierro en un agujero para forjar armas y defenderse y conquistar el dominio de hombres y cosas, el empleo del hierro no había hecho más que aumentar; el hierro acabaría por ser mañana la fuente de la justicia y de la paz, cuando la ciencia lo hubiera conquistado definitivamente produciendo casi de balde, plegándolo á todos los usos.

Pero sobre todo, lo que determinó la prosperidad,

el triunfo de la Cr cherie, fueron las razones naturales, una administración mejor, más verdad, más equidad, más solidaridad. Llevaba en sí misma su buen éxito desde el día en que había sido creada por el sistema transitorio de una prudente asociación entre el capital, el trabajo y la inteligencia; y los días difíciles que acababa de atravesar, los obstáculos de todas clases, las crisis que se había creído mortales, eran simplemente los vaivenes inevitables del camino en los primeros días de marcha en que se trata de no sucumbir, si se quiere llegar al fin. Y ahora se veía que la Cr cherie siempre había tenido fuerza, sava para las recolecciones futuras.

Era una lección de las cosas que iba á convencerse poco   poco   todos. No cabía negar la fuerza de tal asociación al ver los beneficios crecer, y que los obreros de la Cr cherie ganaban ya el doble que los de otras fábricas. Había que reconocer que el trabajo de ocho horas, de seis, de tres, el trabajo agradable por la diversidad de tareas, en talleres claros y alegres, con máquinas que podían guiar niños, era fundamento de la sociedad futura. Los míseros asalariados de ayer, se volvían sanos, inteligentes, alegres, amables. La cooperación, necesaria, suprimía los intermediarios parásitos, el comercio en que se perdían tanta fuerza y riqueza; y así, los Almacenes generales funcionaban sin choques, decuplando el bienestar de los hambrientos de ayer, colm ndoles de los goces reservados antes   los ricos. Había que creer en los prodigios de la solidaridad, que debe hacer de la vida una fiesta continua para todos, al ver las reuniones de la Casa Comunal, futuro palacio real del pueblo, con sus bibliotecas, museos, salas de espectáculos, jardines, juegos y diversiones.  C mo, en fin, no renovar la instrucción y la educación, no fund ndolos en la pereza, sino en el afán de saber, haciendo el estudio agradable, dejando   cada cual su energía y reuniendo los sexos, si las escuelas prosperaban tanto, sin exceso de libros, mezclando lecciones y recreos al aprendizaje profesional? El ejemplo de la Cr cherie se hacía contagioso. No eran teorías, eran hechos; se iban ganando hombres y terrenos del contorno; nuevos obre-

ros se presentaban en masa, nuevas construcciones órotaban doquiera. En tres años dobló la población de la Cr cherie; la población se aceleraba. Era la ciudad soñada, la ciudad del trabajo reorganizado, otra vez noble; la ciudad futura de la dicha conquistada, camino de ser metrópoli. Los talleres, todas las construcciones, crecían, cubrían hectáreas; y las casitas claras y alegres entre verdes jardines se multiplicaban. Esta ola avanzaba hacia el Abismo, amenazaba sumergirle. Tiempo atrás, había ancho espacio entre ambas fábricas, los terrenos incultos que Jordán posea en la falda de los Montes Bleuses. Ahora las últimas casas de la Cr cherie llegaban   doscientos metros del Abismo. La ola que iba á batir contra él,  no le cubriría, no le arrastraría, reemplazándole con su triunfal alegría y salud floreciente? También el viejo Beauclair estaba amenazado. Un extremo de la ciudad naciente marchaba hacia él, iba á barrer el negro y pestifero lugar n obrero, nido de dolor en que agonizaba el salario. A veces Lucas, el fundador de la ciudad, la miraba crecer haciendo salir del suelo el Beauclair de mañana la mansión feliz. Todo Beauclair se conquistaria de monte   monte; las gargantas de Brias se llenarian de casas alegres, entre verdores, llegando á los campos inmensos, fértiles de la Rumaña. Faltaban años, pero él ya vea la ciudad futura.

Una tarde, Bonnaire le trajo   Babette, la mujer de Bourron, que le dijo, siempre alegre:

—Pues, señor Lucas, el caso es que mi marido quisiera volver á la Cr cherie. Pero como se march  de tan mala manera, no se atreve   venir... y vengo yo.

Bonnaire añadió:

—Hay que perdonar   Bourron,   quien el desgraciado Ragú dominaba. No es malo, es débil, y podremos salvarlo.

— Venga Bourron!—gritó Lucas alegre.—No quiero la muerte del pecador, al contrario. Muchos se abandonan pervertidos por los compañeros. Bourron servirá de ejemplo.

Nunca se había sentido más feliz; la vuelta de Bourron le pareció decisiva, aunque el obrero ya vala poco. Pero rescatarle, salvarle, era una victoria sobre

el salario. Y además, otra casa para su pueblo; una ola tras otras olas, haciendo subir la marea que había de llevarse el mundo viejo.

Otra tarde vino Bonnaire pidiéndole que admitiera á otro obrero del Abismo, pero no insistió, por lo poco que valia su recomendado.

—Es el pobre Fauchard, que se decide. Ya recordará usted que anduvo dando vueltas para venir varias veces. No podía resolverse á nada, temía escoger, abrumado, entontecido, aniquilado por el trabajo. No es un hombre, es una rueda desvencijada. Temo que no podamos hacer nada de él.

Lucas recordaba sus primeros días en Beauclair.

—Sí, ya sé; tiene una mujer, Natalia, ¿no es eso? que se queja mucho, y que siempre anda á caza de quien la fie. Y tiene un cuñado, Fortunato, que no tenía todavía dieciséis años, muy pálido, pasmado, víctima ya del trabajo maquina y antes de tiempo; ¡infelices!... Pues bien, que vengan todos, ¿por qué no? ¡Será un ejemplo más, si podemos hacer de Fauchard un hombre libre y contento!

Y añadió alegre:

—Una familia más, una casa más. Bonnaire, ¿lo ve usted? Esto se va poblando, caminamos hacia la gran ciudad de que le hablé desde el primer día en que usted no quería creer. ¿Se acuerda? Me seguía usted por gratitud... ahora ¿está usted convencido?

Bonnaire, con algún embarazo, tras de una pausa dijo con franqueza:

—¿Cuándo se convence uno del todo? Hay que tocar los resultados con la mano. La fábrica prospera sin duda, crece nuestra sociedad, el obrero vive mejor, hay algo más de justicia y de felicidad; pero usted conoce mis ideas: todo esto es todavía el salario maldito; no veo que se realice la sociedad colectivista.

Sólo como teórico se defendía. No soltaba sus ideas, pero tenía fe admirable en el trabajo, y gran valor y actividad. Era el héroe obrero; el verdadero jefe que había decidido de la victoria de la Crécherie dando á los compañeros un paternal ejemplo de solidaridad. Cuando se presentaba en los talleres, tan alto, tan fuerte, tan honrado, todos le alargaban la mano. Ya estaba

más convencido de lo que decía; muy contento viendo á los camaradas sufrir menos, gustar de todo, morar en sanas viviendas, rodeadas de flores. Ya no moriría sin ver cumplido el anhelo de toda su vida, que hubiese menos miseria y más equidad.

—Sí, sí—dijo Lucas riendo,—la sociedad colectivista la realizaremos, y algo mejor; y si no somos nosotros, serán nuestros hijos, los hijos queridos que criamos para eso. Confianza, Bonnaire; el porvenir es nuestro, pues nuestra ciudad crece, crece sin cesar.

Y con un ademán mostraba, entre los árboles nuevos, los techos de las casas con azulejos de colores que alegraba el sol poniente. Y siempre volvía á las tales casas, como vidas que su aliento parecía sacar de la tierra y que veía realmente en marcha, cual un ejército pacífico que iba á sembrar el porvenir sobre las ruinas del viejo Beauclair y del Abismo.

Pero había más, no hubiera bastado este triunfo; lo decisivo era que también el pueblo aldeano, en Combettes, triunfaba á su vez con el esfuerzo común, el lazo entre la aldea y la fábrica. Allí también se estaba empezando, pero, ¡qué promesa de prodigiosa fortuna! Desde el día en que el alcalde Lenfant y el adjunto Ivonnot, reconciliados, habían hecho á todos juntar sus tierras en un dominio de centenares de hectáreas, había aparecido una fertilidad extraordinaria. Hasta entonces, sobre todo en los últimos años, la tierra parecía declarada en quiebra, como en toda la inmensa llanura de la Rumaña, antes tan fecunda, ahora triste, cubierta de espigas ruines y escasas. Era esto efecto de la ignorancia testaruda de los hombres, de la pereza; los métodos anticuados, la falta de abonos, de máquinas y de concordia. ¡Qué lección la que daba Combettes! Compraban á crédito los abonos, se procuraban útiles y máquinas en la Crécherie, á cambio de pan, vino y legumbres. Estaba su fuerza en no aislarse, en el lazo solidario ya indestructible entre la aldea y la fábrica; era la reconciliación, antes imposible, del aldeano y el obrero. Combettes y la Crécherie se necesitaban mutuamente. Milagroso espectáculo el de esta llanura renaciente, antes casi abandonada, cubierta ahora de ricas mieses. Entre las demás

tierras, parecía Combettes un mar pequeño de verdura que toda la comarca miraba estupefacta y al fin con envidia. Otras aldeas querían ya seguir el ejemplo. Los alcaldes de Fleauranges, de Lignerolles y de Bonneheux hacían proyectos de sociedades, recogían firmas. Pronto crecería aquel mar verde, hasta que toda la Rumaña no fuera más que un solo dominio, un solo océano pacífico de trigo que bastara á sustentar á todo un pueblo feliz.

Con frecuencia, Lucas, por gusto, daba largos paseos á pie á través de aquellos campos fértiles, y á veces encontraba á Feuillat, el colono de Boisgelin, paseando también, con las manos en los bolsillos, mirando con aire silencioso y enigmático brotar aquella riqueza del campo bien cultivado. Sabía Lucas que de él era la iniciativa de todo aquello y quien todavía aconsejaba; y le sorprendía mucho ver la miseria en que dejaba las tierras que había arrendado, el dominio de la Guerdache, cuyos campos pobres eran una mancha, un desierto inculto junto á la fertilidad de Combettes. Un día le dijo:

—¿No se avergüenza usted un poco de cultivar tan mal sus tierras, viendo las del otro lado del camino tan bien cuidadas? Por su propio interés debiera usted trabajar con la actividad é inteligencia de que sé que es muy capaz.

El colono, primero sonrió, callado. Después dijo sin miedo:

—Ay, señor Lucas, la vergüenza es un sentimiento demasiado fino para nosotros, pobres rústicos. Y en cuanto á mi interés, se reduce á sacar lo justo para vivir de estas tierras que no son mías. Les saco el pan y basta; sería un tonto haciéndolas excelentes para enriquecer no más que al amo, al señor Boisgelin, que puede cada vez que acaba un arrendamiento echarme fuera. Para hacer de un campo un buen campo, tiene que ser de uno mismo, ó, mejor todavía, de todos.

Socarrón, se burlaba de los que dicen á los aldeanos: «¡Amad la tierra, amad la tierra!» Si, eso quería él; pero también quería ser amado, es decir, no quería amarla en beneficio de otros. Su padre, su abuelo, su bisabuelo, la habían amado bajo el palo de los

explotadores, sin sacar más que miseria y lágrimas. Ya estaba harto; no quería más engaño; no más fecundar la tierra para que el propietario se lo llevara todo.

Tras de una pausa, añadió con ardor concentrado, en voz más baja:

—Sí, sí; la tierra de todos, para volver á amarla y á cultivarla. Yo espero.

Lucas le miraba, asombrado; en su actitud reservada adivinaba viva inteligencia. Tras el aldeano rudo y socarrón, distinguía un agudo diplomático; un precursor el cual veía claro el porvenir que llevaba el ensayo de Combettes á un fin remoto, que conocía él solo.

—De modo que si deja usted las tierras en ese estado, es para que las comparen con las próximas y se comprenda la lección... ¿Pero no es eso un sueño? Combettes nunca invadirá ni se tragará á la Guerdache.

Feuillat volvió á reír callado. Después dijo:

—Puede ser. De aquí allá, tendrían que pasar muchas cosas... En fin, quién sabe, yo espero.

Dió algunos pasos y añadió, abarcando con un ademán el horizonte:

—Eso no quita que esto adelante. ¿Recuerda usted cómo estaba todo? Y vea usted, vea usted ahora, con el cultivo en común, máquinas y ciencia, rebosan las cosechas; todo el país se conquista poco á poco. ¡Dagozo ver todo esto!

El entusiasmo del aldeano se comunicaba á Lucas. Si se sentía fuerte en la Crécherie, era porque contaba con aquel granero abundante. Y no veía con más placer el progreso de su ciudad de obreros, que estos campos fértiles de Combettes que llevaban la onda de sus mieses, en océano sin límite, de un confin á otro de la Rumaña. Era el mismo esfuerzo, la misma civilización próxima, la humanidad que iba á la verdad, á la justicia, á la paz, á la dicha.

El efecto más inmediato del buen éxito de la Crécherie fué hacer comprender á las fábricas menores del país la ventaja de asociarse á ella. La Chodorgue, fábrica de clavos que compraba las materias primeras á su poderosa hermana, se decidió primero y se

dejó absorber por interés común. Después la casa Hausser, que tenía la especialidad de las guadanas y podaderas, después de haber forjado sobre todo sables, también se asoció. Tardó más la casa Miranda y Compañía, que construía máquinas agrícolas, y uno de cuyos propietarios, reaccionario, luchaba contra toda novedad; pero ante una crisis grave, se retiró, y el otro salvó la fábrica apresurándose á fundirla con la Crécherie.

Todas estas casas, así arrastradas en el movimiento de asociación, emitían acciones, aceptaban los mismos estatutos, el reparto de los beneficios basado en la alianza del trabajo, del capital y de la inteligencia. Llegaban á constituir una sola familia en cien grupos diversos, dispuesta siempre á recibir nuevas adhesiones, pudiendo así extenderse á lo infinito.

En Beauclair, asombrado, desconcertado, llegó al colmo la alarma. Entonces qué, ¿la Crécherie iba á crecer sin cesar, el pueblo mismo, después de las fábricas, y después de la inmensa llanura iban á ser no más las dependencias, el dominio, la carne misma de la Crécherie? Turbados estaban los corazones, los cerebros empezaban á preguntar dónde estaba el interés de cada cual, la fortuna posible. En el círculo de los comerciantes, entre los almacenistas, sobre todo; aumentaba la perplejidad, viendo bajar la venta; temían tener bien pronto que cerrar la tienda. La locura fué general cuando se supo que Caffiaux, el especiero tabernero acababa de entenderse con la Crécherie para que su casa fuera un simple depósito, una especie de sucursal de los Almacenes Generales. Mucho tiempo había pasado por agente del Abismo, algo espía de la dirección, envenenando al obrero con alcohol, vendiéndose en seguida á sus jefes, pues la taberna es el más firme pilar del salario. En todo caso, no era trigo limpio; acechaba la victoria del más fuerte, siempre dispuesto á la traición, enemigo de quedar debajo. Aumentó la inquietud viéndole pasarse tan fácilmente á la Crécherie. El movimiento de adhesión se aceleraba con la fuerza decuplada de la velocidad adquirida. La guapetona señora Mitaine, la panadera, no había esperado la conversión de Caf-

fiaux para aprobar lo que sucedía en la Crécherie, y estaba dispuesta á asociarse, aunque su panadería seguía floreciente, gracias á su bondad y belleza, que la hacían popular. Sólo el carnicero Dacheux se empererraba con el furor sombrío de la ruina de todas sus ideas; prefería morir en medio de los últimos cuartos de res, el día en que ya no encontrase un burgués para comprarle la carne á su precio; y el caso llegaría; la parroquia le dejaba poco á poco, y tanto rabiaba, que la apoplegía amenazábale como un rayo.

Un día, Lacheux fué á casa de Laboque, para donde citó á la señora Mitaine. Se trataba, decía, de los intereses morales y comerciales de todo el harrio. Se decía que los Laboque, para evitar la quiebra, se pasaban á Lucas, y se hacían simplemente depositarios de la Crécherie. Desde que ésta cambiaba directamente sus productos por el pan de Combettes y de otras aldeas sindicadas, los Laboque habían perdido los mejores parroquianos, los aldeanos de los contornos, sin contar los consumidores de Beauclair, que economizaban mucho comprando en los almacenes de la fábrica, abiertos ya todos. Era la muerte del comercio, tal como se había entendido hasta entonces, como intermediario entre el productor y el consumidor encarcerando la vida, parásito de las necesidades ajenas. Rueda inútil que comía fuerza y riqueza, y cuya desaparición era segura ante un ejemplo que probaba con qué facilidad se le suprime, en bien de todos. Esto lamentaban los Laboque, en medio de su bazar desierto.

Cuando Dacheux se presentó, la señora Laboque, negra y flaca, estaba en el mostrador desocupada, sin ánimo ni para hacer media; mientras el marido, con ojos y nariz de hurón, iba y venía como alma en pena entre las cajas de mercancías, cubiertas de polvo.

—¿Sabe usted lo que me han dicho?—gritó el carnicero congestionado.—¡Que es usted un traidor, que está á punto de entregarse! ¡Usted que perdió su pleito con el bandido que juró su muerte aunque dejara la piel en la demanda! ¡Y ahora se nos pasa, nos deja!

Laboque se enfadó,

—¡Va usted á dejarme en paz; bastantes disgustos tengo yo! Al pleito estúpido, ustedes todos me lanzaron. Ahora de fijo no me trae usted dinero para pagar mis vencimientos de fin de mes. ¡Pues entonces, no me venga usted con canciones, ni con que si prometí ó no prometí dejar la piel!

Y señalando las mercancías, añadió:

—La piel ahí la tengo; y si no me las arreglo, los alguaciles estarán aquí el miércoles... Sí, señor, es verdad, ya que usted quiere saberlo; estoy en tratos con a Crécherie y firmaré esta tarde. ¡Dudaba todavía, pero ya me aburren demasiado!

Se dejó caer en una silla, mientras Dacheux, sofocado, furioso, sólo podía balbucir juramentos. Y tras el mostrador, sonó entonces la queja de la abrumada señora Laboque, en voz baja y monótona:

—¡Haber trabajado tanto, Dios mío! ¡Tanto sufrir al principio llevando la quincallería de pueblo en pueblo y luego los esfuerzos que costó! Abrir esta tienda y hacerla crecer. Y todo iba bien, la recompensa vendría. Una casa de campo para retirarse con sus rentas; y ahora todo se hunde, el pueblo se vuelve loco. ¡Yo no sé todavía por qué, santo Dios!

—¿Por qué? ¿Por qué?—gruñó Dacheux.—Porque esto es una revolución y los burgueses unos cobardes que no osan defenderse. ¡Pero yo, el mejor día, si me apuran mucho, cojo las cuchillas y ya veréis lo que es bueno!

Laboque se encogió de hombros.

—¡Bonito negocio!... Eso está bien cuando se cuenta con la gente; pero en vísperas de quedarse solo, lo mejor es seguir á regañadientes á los demás. Caffiaux lo ha entendido.

—¡Valiente sinvergüenza!—rugió el carnicero.—¡Un traidor, un vendido! Ya sabréis que ese bandido, el señor Lucas, le ha dado cien mil francos por abandonarnos.

—¡Cien mil francos!—repitió el quincallero echando chispas por los ojos, haciendo ver una ironía escéptica;—quisiera que me los ofreciese á mí, que pronto se los tomaba. Es necedad obstinarse. Lo prudente es siempre estar con los más fuertes.

—¡Qué miseria, qué miseria!—añadió la señora Laboque, quejumbrosa.—Esto es el mundo al revés, el fin del mundo.

Oyó esto la señora Mitaine, que entraba.

—¡Cómo el fin del mundo!—dijo alegre.—Ahora mismo acaban de parir dos vecinas un par de cachorros. Y los chicos Augusto y Eulalia, ¿cómo están? ¿No andan por aquí?

No, ni ahora ni nunca andaban por allí Augusto, ya cerca de los veintidós años, era un apasionado de las artes mecánicas, y aborrecía el comercio; Eulalia, muy juiciosa á los quince, ya una mujercita de su casa, vivía casi siempre con un tío colono, de Lignerolles, cerca de Combettes.

—¡Oh, los hijos, si hubiera que contar con ellos!—dijo la señora Laboque en nuevo lamento.

—¡Todos ingratos!—declaró Dacheux, que no se reconocía en su hija Juliana, robusta y hermosa señorita cariñosa, que á pesar de sus catorce cumplidos jugaba todavía con los pilluelos en medio de la calle de Briás.—¡Cuando se cuenta con los hijos, lo seguro es morir de miseria y á disgustos!

—¡Pues yo cuento con mi Evaristo, vaya!—replió la panadera.—Va á cumplir veinte años, y aunque no ha querido aprender el oficio de su padre, no refiemos por eso. Los chicos salen con ideas diferentes de las nuestras, porque nacen para tiempos que no alcanzaremos. Yo, á mi Evaristo, sólo le pido que me quiera mucho, y eso es lo que hace.

En seguida expuso su caso con calma á Dacheux. Si había venido, llamada por él, era para que constase que cada comerciante de Beauclair debía conservar su libertad de acción. Ella no había entrado todavía en la asociación de la Crêcherie, pero pensaba entrar cuando bien le pareciese, el día en que conviniere á los demás ó á ella misma.

—Evidentemente—concluyó Laboque,—yo no puedo hacer otra cosa; firmaré esta tarde.

Volvió á quedarse la señora Laboque, pronosticando el fin del mundo.

—Eso no, eso no—exclamó de nuevo la arrogante panadera;—¿cómo ha de acabarse el mundo si aque-

tros hijos pronto podrán casarse y tendrán hijos que se casarán á su vez para tener otros hijos? Unos empujan á otros, el mundo se renueva, ¡eso sí!... es el fin del mundo si usted quiere.

La frase fué de un efecto tan claro y decisivo, que Dacheux, exasperado, se fué, dando un gran portazo, llenos de sangre los ojos, amenazado de apoplejía. Era el fin de un mundo, el fin del comercio inicuo y corruptor, que hace la fortuna de unos pocos con la miseria de los más.

El último golpe iba á trastornar á Beauclair. Hasta allí la Crécherie había triunfado atrayendo las industrias similares y el comercio menudo; pero ¡qué admiración el día en que se supo que el alcalde Gourier se pasaba á las nuevas ideas! No se asociaba, pues se bastaba á sí mismo, como decía con vanidad, pero creaba junto á la otra una asociación semejante; su gran zapatería de la calle de Briás se organizaba por acciones sobre la base ya experimentada del capital, el trabajo y la inteligencia, que dividían en tres partes el beneficio. Era un nuevo grupo, el del vestuario al lado del grupo del acero y el hierro. La semejanza fué mayor cuando Gourier logró sindicar á sastres, sombrereros, gorreros, la lencería y la mercería. Se habló de un grupo más que un gran contratista de albañilería se ocupaba en crear asociando á los albañiles, á todos los obreros de construcciones, labrantes, carpinteros, cerrajeros, plomeros, pizarreros y pintores, vasto grupo que englobaría también á los arquitectos, los artistas, sin contar á los obreros del mobiliario, ebanistas, tapiceros, bronceistas y hasta los relojeros y joyeros. No era más que una vegetación lógica, ejemplo de la Crécherie, que había sembrado esta idea de las agrupaciones naturales que brotaban por imitación. Se notaba, además, que un lazo general se establecía por encima de los grupos, lazo común que, dejándolos distintos, los reuniría algún día en una amplia reorganización social del trabajo, único código en la ciudad futura.

Pero la idea de librarse de la Crécherie, imitándola, pareció superior al talento de Gourier. Se atribuyó al consejo de Chátelard, el subprefecto, que se

obsurecía cada vez más, descuidado y tranquilo, según Beauclair, se transformaba. En efecto, almorzando en casa del alcalde, sin más testigos que Leonor, aún hermosa, Châtelard había dicho:

—Amigo mío, estamos perdidos. En París todo va mal, la revolución se acerca, todo eso se cae. Aquí, nuestro Boisgelin es un pobre hombre vanidoso á quien la Delaveau dejará sin un cuarto. Todos, menos el marido, sabemos á dónde van las ganancias del Abismo en su lucha heroica contra la quiebra, y ya verá usted pronto qué desastre. Así, que fuera necedad no pensar en sí mismo si no se quiere ser arrastrado en la ruina.

Leonor se alarmó.

—¿Está usted amenazado, amigo mío?

—¡Yo, no! ¿Quién piensa en mí? Ningún gobierno se tomará el trabajo de atender á mi humilde persona, pues tengo el talento de administrar lo menos posible, diciendo siempre amén á mis jefes, de suerte que paso por criatura de todos los ministros. Yo moriré aquí olvidado, feliz, hundiéndome con el último ministerio. En quien pienso es en ustedes, amigos míos.

Y explicó su idea, enumerando las ventajas de adelantarse á la revolución, haciendo de la zapatería Gourier otra Crêcherie. Comprendía la vida nueva; en este pacífico funcionario tan escéptico, había brotado un verdadero anarquista, disimulado con aparente reserva diplomática.

—Por supuesto, yo tendré que desaprobair públicamente la conducta de usted. Le llamaré traidor, loco. Pero aquí en casa, le abrazaré, porque les habrá usted jugado una buena pasada, muy reproductiva. ¡Verá usted qué cara ponen!

Gourier, asustado, se resistió. Todo su pasado protestaba; su largo reinado de patrón le hacía rechazar la idea de no ser más que un asociado de centenares de trabajadores, de quien había sido hasta entonces dueño absoluto. Mas á pesar de las trazas, para el negocio era listo. Comprendió las ventajas del cambio y además se sintió contagiado por la fiebre de reformas que en las épocas revolucionarias enloque-

ce precisamente á las clases vencidas. Llegó á creer que la idea era suya, como se lo repetía Leonor día y noche, por consejo de su amigo Châtelard.

Fué un escándalo en toda la burguesía de Beauclair. Se dieron pasos, se procuró que interviniera el presidente Gaume, habiéndose negado el subprefecto, que declaraba á voces el caso escandaloso, y que no quería mezclar en él á la administración. Tampoco aceptó el presidente, que vivía muy retirado, sin ver á nadie desde el día en que su hija Lucila, sorprendida en flagrante delito con un pasante de notario muy joven, había tenido que refugiarse en su casa. Se emplearon los grandes medios. Jollivet, el capitán, yerno de Gaume, después de separado de su mujer, se había lanzado en la reacción con furia loca. Mandaba tales artículos al «Diario de Beauclair», que Lelbleu, el impresor, alarmado con el giro que tomaba aquello, y comprendiendo la necesidad de estar con el más fuerte, le había cerrado á lo mejor la puerta, deseando cambiar de partido. Desarmado, ocioso, el capitán paseaba su cólera impotente, cuando se le invitó á que influyera con el presidente, con el cual no había roto por completo. Fué á verle, y cuando salió, á las dos horas, no había sacado de su suegro más respuestas evasivas, pero él se había reconciliado con su mujer. Al día siguiente volvía ella al domicilio conyugal; el capitán perdonaba esta vez con la formal promesa de no volver ella á las andadas. Beauclair vió estupefacto tal desenlace, y acabó aquello en una gran carcajada.

Fueron los Mazelle los que consiguieron que confesara el presidente Gaume, por azar y sin tal misión. Solía pasear por las mañanas por el boulevard de Magnolles, largo y desierto, con la cabeza baja, las manos á la espalda, meditando sombrío. Se le iban encorvando los hombros, como bajo el hundimiento final; parecía aniquilado tras una existencia fallida, por el mal que había hecho y el bien que no podía hacer. Cuando levantaba un instante los ojos, mirando á lo lejos, parecía esperar de lo desconocido, del mañana, algo que no llegaba, que él no vería. Los Mazelle lo encontraron yendo á la iglesia y se le acercaron para

saber su opinión sobre los asuntos públicos, temiendo que les trajeran algún desastre personal.

—Y vamos á ver, señor presidente, ¿qué dice usted de lo que pasa?

Levantó la cabeza, miró un instante á lo lejos y dijo como hablando consigo mismo:

—Digo que tarda mucho en venir el huracán de verdad y de justicia, que acabará por llevarse este mundo abominable.

Los Mazelle, asustados, murmuraron:

—¡Cómo, cómo... nos mete usted miedo porque sabe que no somos muy valientes! Sí, sí, la broma de siempre.

Gaume, vuelto en sí, reconoció á los Mazelle, pálidos, asustados, temblando por su dinero y su pereza. Sonrió con ironía desdeñosa, y dijo:

—¿Qué tienen ustedes? El mundo durará todavía veinte años, y si ustedes viven, se consolarán de los disgustos de la revolución asistiendo á cosas interesantes. A su hija es á quien debiera preocuparle el porvenir.

—Justamente—dijo la señora Mazelle en son de queja,—Luisa no se preocupa. ¡Oh! absolutamente nada. Tiene trece años apenas y encuentra muy gracioso lo que sucede, oyéndonos hablar de ello, naturalmente, día y noche. Se ríe mientras nosotros rabiamos. Cuando le digo: «¡Pero, infeliz, no tendrás un cuarto!», me responde saltando como una cabra: «¡Pues me tiene sin cuidado; para que veas, así estaré más contenta!» Así y todo, es muy salada, aunque nos da pocas satisfacciones.

—Sí—dijo Gaume;—es una niña que anhela vivir por sí misma. Hay de eso.

Mazelle, perplejo, aún temía que se burlaban de ellos. La idea de que la fortuna hecha en diez años y la deliciosa holganza soñada desde la juventud, podían desaparecer, teniendo acaso que trabajar como todos, le angustiaba de modo que venía á ser un primer castigo.

—Pero la renta, señor presidente, ¿qué será de ella según usted, si todos estos anarquistas llegan á trastornar el mundo? Usted recordará á ese señor Lucas que tan mal papel representa y nos daba broma con

la supresión de la renta. ¡Para eso, que nos degüellen en medio de un monte!

—Duerman en paz—repitió Gaume con tranquila ironía;—la sociedad nueva los alimentará si no quieren trabajar.

Los Mazelle se fueron á la iglesia, donde hacían arder varios cirios por la curación de la señora Mazelle, desde un día que el doctor Novarre había dicho sin rodeos que no estaba enferma. ¡Que no! Y su enfermedad la cuidaba ella amorosa hacia tantos años, y de ella vivía, pues era su ocupación, su recreo, su razón de ser. El médico la creía incurable, pues la abandonaba, y ella, aterrada, se volvía á la religión, encontrando un gran consuelo.

Por el desierto boulevard de Magnolles paseaba también Marle, el cura, leyendo su breviario. Pero con frecuencia dejaba caer la mano que sostenía el libro, y seguía andando con lentitud, también perdido en el fondo de negros pensamientos. Todas aquellas novedades habían dejado todavía más sola su iglesia; quedaban las tres viejas de pueblo, estúpidas, testarudas, mezcladas con algunos burgueses que sostenían la religión como última muralla de la buena sociedad que se hundía. Desiertas las iglesias católicas, otra civilización comenzaría; por eso tal público no consolaba á Marle, que sentía el vacío, más cada vez, en torno de su Dios. En vano Leonor, la alcaldesa, adornaba con su presencia las ceremonias del domingo y en vano abría la bolsa para los gastos del culto; conocía el cura su indignidad, su pecado crónico de adulterio que el pueblo entero aceptaba y que él mismo había tenido que cubrir con el manto de su ministerio sagrado, pero que reprobaba, como una condenación de que sería responsable. Aún menos le bastaban los Mazelle, pueriles, de bajo egoísmo, que acudían á él pidiendo al cielo la dicha personal, colocando sus oraciones como habían colocado su dinero, para sacarle los réditos. Y todos así, en esta sociedad que llegaba á su fin sin la verdadera fe que en los primeros siglos había fundado el poder de Cristo, sin la abnegación y la obediencia total, necesaria hoy, sobre todo, para la omnipotencia de la Iglesia. No trataba de en-

ganarse á sí mismo; los días estaban contados; y si Dios no le llamaba á sí, pronto tal vez asistiría á la terrible catástrofe: el campanario desplomándose, hundiendo el techo de la nave, aplastando el altar.

Con tal pesadilla se paseaba horas y horas, pero la ocultaba, fingía valor, altivo, desdenando los sucesos de un día con el pretexto de que la Iglesia era dueña de la eternidad. Pero cuando se encontraba con el profesor Hermeline, airado siempre ante el buen éxito de los métodos de la Crèche, muy cerca de pasarse á la reacción en nombre de la salvación de la república, ya no discutía con la acritud que antes, y se encomendaba á Dios; pues Dios permitía, de seguro, aquellas naturalezas anárquicas para lanzar el rayo sobre los enemigos y hacer en seguida brillar su triunfo. El doctor Novarre decía en broma que el cura abandonaba á Sodoma en la víspera de la lluvia de fuego. Sodoma era Beauclair, burgués y egoísta, condenado á la destrucción para dejar el puesto á la ciudad de salud y de alegría, de paz y de justicia. Todo anunciaba el último estallido; el salario en la agonía; la burguesía, loca, se hacía revolucionaria; el sálvese el que pueda, de los intereses llevaba á los vencedores las fuerzas vivas del país, y lo demás lo barrería el viento. Esta visión era la que llenaba de amargura al pobre Marle, cuando paseaba meditabundo bajo los árboles del boulevard de Magnolles.

A veces se encontraban Gaume y el cura. Primero no se veían; caminaban paralelos, baja la cabeza, abs-traidos. Cada cual daba vueltas á su pena; la religión agotada no quería morir; la justicia se desesperaba por lo que tardaba en nacer. Pero al fin, levantaban la cabeza, se reconocían y había que decir algo.

—Mal tiempo tenemos, señor presidente; tendremos agua.

—Mucho lo temo, señor cura. Este mes de Junio es muy frío.

—¡Ah! qué quiere usted; ahora todas las estaciones están trastornadas. En nada hay equilibrio.

—Es verdad; y con todo, la vida continúa; el sol benéfico lo pondrá acaso todo en su sitio.

Después, cada cual volvía á su paseo solitario, me-

ditando, paseando así la eterna lucha del porvenir y del pasado.

Donde más efecto hizo la evolución de Beauclair, fué en el Abismo. A cada nuevo éxito bueno de la Crécherie, Delaveau tenía que desplegar más actividad, inteligencia y valor; naturalmente, lo que hacía prosperar á la fábrica rival, para él era un desastre. El descubrimiento de excelentes filones en la mina abandonada, fué un golpe terrible, por la baja del precio de la primera materia. Ya no podía luchar con el hierro y el acero del comercio, y hasta padecía la fabricación de cañones y granadas. Habían bajado las salidas desde que el dinero de Francia se dirigía sobre todo á las construcciones de paz y solidaridad social, ferrocarriles, puentes, toda clase de edificios en que el hierro y el acero triunfaban. Lo peor era que los pedidos que se repartían entre algunas casas, ya no bastaban para su ganancia, aunque habían realizado el proyecto de matar una de las fábricas para mejorar el mercado; y ahora, siendo el Abismo la menos sólida, era la que sus rivales se decidían á rematar sin compasión. Las dificultades eran mayores porque los obreros ya no eran fieles. La puñalada de Ragú había hecho gran efecto. Después, Bourron, convertido, llevándose á Fauchard, había determinado un movimiento en favor de la Crécherie. La experiencia no dejaba lugar á dudas; en la Crécherie ganaban el doble los obreros, trabajando ocho horas, sin contar las demás ventajas: las casitas agradables, las escuelas siempre alegres, la Casa Comunal siempre en fiestas, los Almacenes Generales reduciendo en una tercera parte los precios de consumo, en fin, tanta salud y tanto bienestar. Nada prevalece contra los números; los obreros del Abismo reclamaron aumento de tarifas, queriendo ganar tanto como los de la Crécherie. Como era imposible satisfacerlos, muchos se marcharon y se fueron, naturalmente á donde encontraron aquellas ventajas. Lo que paralizaba á Delaveau era la falta de un fondo de reserva; pues, no queriendo darse por vencido, pensaba que hubiera resistido largo tiempo y al fin triunfado, si hubiese tenido en caja algunos cientos de miles de francos para

atravesar la crisis que creía pasajera. ¿Cómo luchar sin dinero? La deuda creada era ya una carga terrible. Luchaba como un héroe, poniendo toda la vida en el empeño de salvar el pasado, la autoridad, el salario, la sociedad burguesa y capitalista; y quería además sacar el capital puesto en sus manos, las ganancias prometidas.

En el fondo, el no poder cumplir á Boisgelin esta promesa, era su mayor pena; y su fracaso se materializaba cruelmente los días en que tenía que negarle dinero. Aunque el último inventario había sido desastroso, Boisgelin no quería disminuir en nada el tren de la Guerdache, excitado por la misma Fernanda, que trataba á su marido como bestia de carga, á quien hay que sacar sangre para hacerla trabajar cuanto pueda. Desde el atentado afrentoso de Ragú, que Fernanda guardaba y escondía en lo más hondo de su carne, buscaba loca el placer, insaciable. Parecía más joven, más hermosa, con cierto desvarío en la mirada, por un deseo imposible nunca saciado. Alarmaba á los amigos de la casa: Chátelard decía al alcalde en confianza que aquella mujer iba á cometer alguna gran atrocidad que daría qué sentir á todos. Hasta entonces se había contentado con hacer de su casa un infierno, echando á Boisgelin sobre su marido para pedirle sin cesar dinero, lo cual desesperaba á Delaveau. La malvada todavía le azuzaba revolviendo el hierro de la herida. Y él seguía adorándola, la creía inocente, sin mácula posible.

Llegó Noviembre, adelantándose los grandes fríos. En este mes los vencimientos eran tales que Delaveau sintió temblar la tierra. No tenía en caja el dinero necesario. La víspera de los pagos, se encerró en su despacho para reflexionar y escribir cartas, mientras Fernanda se iba á comer á la Guerdache. Sin saberlo ella, había él tenido aquella mañana una conversación decisiva con Boisgelin; después de exponerle con brutal franqueza la terrible situación, le había decidido á reducir sus gastos.

Hasta le había aconsejado vender la Guerdache.

Y ahora, solo en su despacho, se paseaba lentamente, activando, como por máquina, de vez en cuando,

la gran hoguera de cok que ardía en una pequeña estufa de palastro colocada delante de la chimenea. No había más solución que obtener tiempo, escribir á los acreedores, que no podían querer que se cerrase la fábrica. Pero no se apresuraba; escribiría las cartas después de comer; y seguía meditando, yendo de una ventana á otra, volviendo siempre á pararse delante de aquella por la cual veía los inmensos terrenos de la Cr cherie, hasta el parque lejano, hasta el pabellón que Lucas habitaba. El sol poniente, en un cielo de una pureza de cristal, alumbraba   la ciudad naciente con una claridad de oro pálido sobre un fondo de púrpura, con delicadeza infinita. Jamás la había visto así, tan pura, tan vibrante, tan distinta; podría contar las ramas de los árboles, distinguía los menores detalles de las casas, los vivos colores de los azulejos. Por un momento,   los rayos oblicuos del sol todas las ventanas se inflamaron semejando centenares de fuegos de artificio. Fué una apoteosis, la gloria. Y él lo miraba, separando las cortinas de cretona; pegado el rostro   la vidriera, presenciaba aquel triunfo.

Como Lucas, que muchas veces desde el otro lado miraba el progreso de su ciudad, que amenazaba invadir el Abismo, Delaveau, de esta parte, sol a también contemplarla en su amenaza de conquista.  Cu ntas veces, ante aquella ventana, había visto la marea de casas subir hacia el Abismo! Venía de muy lejos, del fondo de los terrenos incultos y desiertos; primero una casa, luego otra; las olas se habían multiplicado sin fin y ya estaban   pocos pasos. Era la invasión terrible de la mañana, todo el pasado barrido, el Abismo, y hasta Beauclair, reemplazado por la nueva ciudad triunfante. Delaveau calculaba aquel progreso previendo el día del peligro mortal. Lo había creído conjurado en la época en que la Cr cherie atravesaba una gran crisis. Pero de nuevo la ciudad se había puesto en marcha, con tal empuje, que hacía temblar las viejas paredes del Abismo. Pero él no quería ceder, luchaba con la evidencia, buscaba en su energía la muralla necesaria.

Pero aquella tarde temía, vacilaba.  No había hecho mal,  nta o, dejando marcharse   Bonnaire? Re-

cordaba sus palabras proféticas, cuando la huelga; y desde el día siguiente, Bonnaire había ayudado á fundar la Crécherie. Después, el Abismo no había hecho más que declinar; Ragú lo había manchado con un asesinato; Bourron, Fauchard y los demás lo dejaban ahora como lugar de ruina y de maldición. A lo lejos, la ciudad nueva brillaba deslumbradora á los rayos del sol. Un arranque de cólera le devolvió su energía, las creencias de toda su vida. ¡No, no! había tenido razón, la verdad estaba en el pasado, no se sacaba nada de los hombres más que doblegándolos bajo la autoridad del dogma; el salario seguía siendo la ley del trabajo, fuera de la cual había la demencia y las catástrofes. Corrió las grandes cortinas de cretona; ni quiso ver más; encendió la lámpara eléctrica y se volvió á meditar en su despacho, bien cerrado, que la hoguera de la chimenea tenía muy caliente.

Después de comer, Delaveau se puso á escribir las cartas de que esperaba la salvación. Era la media noche y aún estaba terminando esta correspondencia tan pesada, tan molesta. Pero ya dudaba, temía otra vez: ¿se salvaría con aquello, aun admitiendo que le diesen prórroga? Muerto de fatiga, había dejado caer la frente entre las manos, sumido en su angustia inmensa. En aquel momento se oyó el ruido de un coche, luego voces; era Fernanda que volvía de la Guerdache y que mandaba á los criados acostarse. Entró en el despacho con fiero ademán; la voz nerviosa de una mujer airada que contuvo y rumió su cólera muchas horas.

—¡Dios mío! ¡qué calor hace aquí! ¿Se puede aguantar un fuego semejante?

Se dejó caer en una butaca y desabrochó y arrojó de sí el magnífico abrigo de pieles que le cubría los hombros. Apareció entonces adorable, de belleza maravillosa, toda de seda y encajes blancos, muy escotada, seno y brazos desnudos. Era un lujo que no asombraba al marido, que ni veía siquiera, pues sólo amaba de ella la deliciosa criatura ante la cual el temblor del deseo siempre le había dominado, obediente sin discernimiento ni fuerza. Jamás mayor embriaguez voluptuosa había emanado de ella.

Pero cuando, con zumbidos en la cabeza todavía,

sentado á su bufete, la miró un momento, se alarmó:

—¿Qué tienes, querida mía?

Su excitación era visible. Sus grandes ojos azules de morena que acariciaban casi siempre, brillaban ahora con ardor sombrío. La boca pequeña de falsas sonrisas amables, entreabierta, enseñaba los dientes. Todo su rostro, de óvalo delicioso, bajo la negra cabellera, se hinchaba anhelando violencia.

—¿Qué tengo yo?—dijo por fin temblando.—No tengo nada.

Volvió el silencio, y en la gran paz muerta del invierno, se oyó el fragor del Abismo en su faena que sacudía la casa con temblor continuo. Por lo común, ni siquiera lo notaban. Pero aquella noche, aunque los pedidos habían disminuído mucho, se acababa de poner en actividad el martillo-pilón de veinticinco toneladas, para forjar de prisa el tubo de un gran cañón; y el suelo temblaba; las vibraciones de cada golpe parecían retumbar en el despacho mismo, comunicándose por la galería de madera que lo unía á la fábrica.

—Vamos, tú tienes algo—añadió Delaveau.—¿Por qué no me dices lo que tienes?

Dejó ella escapar un gesto de furiosa impaciencia y respondió:

—Subamos á acostarnos; será lo mejor.

Pero no se meneaba; sus manos retorcían febrilmente el abanico y una rápida respiración la movía el seno desnudo. Al fin dijo lo que estaba sofocando.

—¿De modo que has ido á la Guerdache esta mañana?

—Sí, he ido.

—¿Y es verdad lo que Boisgelin acaba de contarme? ¡que la fábrica está en peligro de quiebra, que estamos en vísperas de ruina, hasta el punto que va á haber que comer pan solo y llevar vestidos de lana!

—Sí, he tenido que decirle la verdad.

Temblaba ella, se contenía para no dejar estallar en seguida las quejas y las injurias. Era un hecho; sus goces estaban amenazados, perdidos. La Guerdache no daría más fiestas, ni banquetes, ni bailes, ni cacerías. Se cerrarían las puertas. ¿No le había con-

tesado Boisgelin que acaso tendrían que vender? Y adiós también la vuelta á París con millones. Todo lo que había creído al fin suyo, la fortuna, el lujo, el placer saboreado, agotado en su continuo refinamiento de la sensación, se hundía. Sólo veía en torno ruínas; y aquel Boisgelin acababa de exasperarla por su blandura, doblando cobarde la cabeza ante el desastre.

—Nunca me dices nada de nuestros negocios—añadió con acritud.—Parezco una bestia; me ha caído esto encima de la cabeza como si se hundiera el techo. Y entonces, ¿qué es lo que vamos á hacer, dílo?

—Vamos á trabajar, no hay otra salvación posible. Pero ella ya no le oía.

—¿Has podido creer un instante que voy á consentir en no tener nada que echarme encima, en llevar tacones torcidos y volver á la miseria cuyo recuerdo es una pesadilla? ¡Ah, no, yo no soy como vosotros, yo no quiero! Es preciso que os arregléis, Boisgelin y tú; yo no quiero volver á ser pobre.

Y siguió; dejó salir todo lo que tenía dentro. La miserable juventud, cuando á los veinte años, mantenida por su gran belleza, seducida, luego abandonada, toda aquella aventura odiosa sepultada en lo más secreto de ella misma. Su matrimonio de cálculo y de razón; Delaveau aceptado á pesar de su fealdad y condición ínfima, porque necesitaba un apoyo, un marido que utilizaría. La racha de fortuna del Abismo, el buen resultado de su cálculo, el marido convertido en ocasión y garantía de su victoria, Boisgelin conquistado, la Guerdache suya. Y durante doce años todo lo que su perversa voluptuosidad, con un fondo de crueldad innata, había saboreado allí, raro, exquisito; saciando apetitos locos, aplacando el rencor amontonado desde la infancia, feliz con la mentira, el perjurio, la traición, el desorden y la ruina que traía, feliz sobre todo por las lágrimas que hacía verter á Susana. ¡Y aquello no duraría siempre; volvería vendida á la antigua pobreza!

—¡Arregláos! ¡arregláos! Yo no quiero andar desnuda. Yo no cambiaré absolutamente nada de mi modo de vivir.

Delaveau, ya impaciente, encogió los hombros for-

nidos. Había apoyado sobre los puños su cabeza maciza de perro dogo, de mandíbulas prominentes; y la mirada con aquellos ojos negros, tan grandes, congestionado el rostro por causa del mucho fuego, medio escondido en el collar de barba negra.

—Amiga mía; razón tenías antes; no hablemos de estas cosas, porque esta noche no estás muy razonable. Bien sabes que te quiero mucho; estoy dispuesto á cualquier sacrificio porque tú no padezcas. Mas espero que te resignarás como yo, que voy á batirme hasta el último aliento. Si hace falta, me levantaré á las cinco, viviré con una corteza de pan y consagraré á nuestro negocio el día entero con rudo trabajo, y de noche me acostaré muy contento. ¡Qué importará, Dios mío, que lleves vestidos modestos y que te pasees á pie! La otra noche me decías que estabas cansada de todos esos placeres, siempre iguales.

Era verdad, sus ojos azules, tan suaves, se turbaron, parecían casi negros. Hacía algún tiempo que sentía dentro de sí un estrago, destruida poco á poco por el deseo loco, que no sabía cómo saciar. La espantosa voluptuosidad gozada con el brutal Ragú la asediaba con el aguijón de una curiosidad perversa, que pedía exasperada sensaciones nuevas. Jamás había sentido espasmo tan agudo ni en brazos del trabajador Delaveau, siempre con prisa, preocupado, ni en los del ocioso Boisgelin, tan correcto, casi indiferente. La inspiraban éstos un sordo rencor, por lo poco que la divertían, y pensaba furiosa que jamás gozaría ya con nadie. Por esto acababa de acoger con desprecio insultante las lamentaciones de Boisgelin cuando le había explicado la necesidad de reducir los gastos. Por eso volvía tan furiosa, con tanto odio, hinchada por el ansia de morder y destruir.

—Sí, sí—murmuró;—estos placeres siempre iguales. ¡Oh, no eres tú quien me ha de dar otros nuevos!

Temblaba el suelo con los golpes del martillo-pilón. Y volvió á ver á Ragú medio desnudo, arrojándola sobre el montón de harapos inmundos, poseyéndola entre las llamaradas de los hornos. ¡Y nunca más! Y sintió redoblar el odio salvaje á su marido.

—Culpa tuya es lo que sucede. Se lo he dicho á

Boisgelin. Si hubieras comenzado por estrangular á ese miserable Lucas Froment, no estaríamos en vísperas de ruina; pero tú nunca has sabido dirigir tus negocios.

Delaveau se levantó de un salto, conteniendo todavía el arrebató que le amenazaba.

—Vamos á acostarnos. Acabarías por hacerme decir lo que luego me pesaría.

No se movió ella; y continuó tan amarga, tan agresiva, acusándole de haber causado su desgracia, que acabó él por exclamar, brutal á su vez:

—Pero, hija; al fin y al cabo, cuando nos casamos no tenías un cuarto; tuve yo que comprarte camisas; ibas á verte en la calle, y á estas horas, ¿dónde estarías?

Insultante, haciendo avanzar el pecho, con ojos asesinos, respondió ella:

—Pero, oye, dí, ¿piensas que, hermosa como era, hija de un príncipe, hubiera aceptado un hombre como tú, feo, vulgar, sin posición, si hubiera tenido pan siquiera? ¡Mírate, mírate, amigo mío! Te he querido porque te comprometiste á conquistar para mí la fortuna, una situación regia. Y si te digo todo esto, es justamente porque no has cumplido ninguno de tus compromisos.

Se había plantado él delante de ella; la dejaba decir apretando los puños, haciendo esfuerzos para conservar su sangre fría.

—¿Oyes?—repitió ella con una obstinación furiosa; —ninguno de tus compromisos, ninguno. Ni conmigo, ni con Boisgelin, pues tú eres quien ha arruinado á ese pobre hombre. Tú le has decidido á entregarte su dinero, le has prometido rentas fabulosas, y ahora tampoco va á tener con qué comprarse unos zapatos. Amigo mío, cuando no se es capaz de dirigir un gran negocio, se sigue siendo un empleadillo, se vive en su agujero con una mujer bastante fea y bastante bestia para sacudir el polvo á los niños y repasar calcetines. Esto es la bancarrota, y la culpa es tuya, sí, ya lo oyes, tuya, ¡sólo tuya!

No pudo él contenerse más. Lo que ella le decía tan barbaramente, le retorció el puñal en el corazón y en la conciencia. ¡El, que la había amado tanto;

oírle hablar de su matrimonio como de un vil mercado en que de parte de ella sólo había habido necesidad y cálculo! ¡El, que pronto haría quince años que trabajaba leal, heróico, para cumplir la promesa hecha á su primo, ser acusado por ella de mal administrador! La cogió con ambas manos por los brazos desnudos y la sacudió, diciendo en voz baja, como si temiese que el estrépito de sus palabras le enloqueciera á él mismo:

—¡Desgraciada! ¡Cállate, no me vuelvas loco!

Pero ella se había levantado también, se había soltado, balbuciente de cólera y de dolor, sintiendo los tornillos con que la había oprimido, viendo sus brazos, tan delicados, tan blancos, con círculos rojos.

—¡Y ahora me pegas, granuja, bruto! ¡Ah, me pegas, me pegas!

Y adelantaba el rostro hermoso demudado por la rabia y escupía su desprecio, muy de cerca, en la cara de aquel hombre que hubiera querido desgarrar. Jamás le había aborrecido tanto, ni le había irritado más su figura fornida de perro dogo. El rencor añejo le subía á la boca con el anhelo de algún insulto irreparable, para concluir. Y su crueldad buscaba la herida emponzoñada, la que más le hiciera gritar y padecer.

—¡No eres más que un animal, no eres capaz de dirigir un taller de diez hombres!

El singular insulto le produjo una risa convulsiva; tan estúpido y pueril era aquello; esta risa acabó de arrojarla á una exasperación tal, que llegó á delirar. ¿Qué decirle para que el golpe fuera mortal y cesara de reír?

—Si soy yo quien te ha hecho; sin mí no hubieras sido ni un año director del Abismo.

Reía él con más fuerza.

—Estás loca, hija mía; dices tales disparates, que ya ni me hieren.

—¡Ah! ¿conque digo disparates? ¡Ah! ¿conque no has conservado tu plaza, gracias á mí?

La confesión le había subido á la garganta de pronto. ¡Decirle en la cara de perro, á gritos, que no le había querido jamás, que era querida de otro! Esta

era la puñalada que le apagaría la risa. ¡Qué desahogo, qué consuelo, cómo iba á saborear terrible y feroz voluptuosidad en el desastre de su vida que crugía bajo ella! Una vez más pasó la visión de Ragú; lanzó un grito de gozo abominable y se arrojó ella misma al abismo.

—Para que veas que no disparto, has de saber que duermo con tu Boisgelin hace doce años.

Delaveau, al principio, no comprendió. De un voleo, le había azotado el rostro la injuria atroz que le aturdió.

—¿Qué es lo que dices?

—Digo, que duermo con tu Boisgelin hace doce años; y puesto que ya no hay nada, pues que todo se hunde, pues bien, ¡sí, señor, hemos concluido!

Apretados los dientes, balbuciente, delirando á su vez, se había lanzado sobre ella, la había vuelto á coger por los brazos, sacudiéndola, arrojándola sobre una butaca. La desnudez provocativa del seno y de los hombros que lucía entre encajes, hubiera querido él pulverizarla á puñetazos, aniquilarla, para que no le insultase ni le torturase más. Se desgarraba por fin el velo de tan larga credulidad; veía, adivinaba. Jamás le había amado, su existencia junto á él nunca había sido más que hipocresía, engaño, mentira y traición. De esta mujer tan hermosa, delicada, exquisita, que adoraba, que deseaba con corazón idólatra, salía de pronto la loba, con furor sombrío, con la brutalidad de los instintos. Veía nacer en ella lo que había ignorado tanto tiempo; la corruptora, la envenenadora que lentamente todo lo había corrompido en torno de él; carne de traición y de crueldad, cuyo placer se hacía de las lágrimas y la sangre de los demás.

En el estupor con que luchaba, aún fué ella quien le injurió.

—¿Conque á puñetazos? ¡bruto! ¡Bien, bien, á puñetazos, como tus obreros cuando están borrachos!

Entonces, en medio del terrible silencio, Delaveau oyó los golpes acompasados del martillo-pilón, aquel latido del trabajo que sin descanso mecía sus días y sus noches. Venía de muy lejos, como una voz cono-

cida cuyo claro lenguaje acababa de contarle la espantosa aventura. Toda la riqueza que aquel martillo había forjado, ¿no era Fernanda quien la había devorado con sus dientes menudos de esmalte inalderable? Esta idea de fuego le dominaba; era ella la causa del desastre de los millones malgastados, de la quiebra inevitable y próxima. Mientras él se sacrificaba, trabajando dieciocho horas al día para salvar el mundo viejo, ruinoso, ella roía el edificio. Y vivía allí, á su lado, tan tranquila, amable y sonriente; y era el veneno, la destrucción; se lo minaba todo paralizándolo su esfuerzo. Sí, allí estaba la ruina, siempre á su lado, en la mesa, en el lecho, y él no la veía; y todo lo habían pulverizado aquellos dientes blancos. Recordó las noches en que volvía ella de la Guerdache, ebria de caricias del amante, de vino, de baile, de dinero arrojado á manos llenas, cuando fermentaba su embriaguez sobre la almohada conyugal, mientras él, inocente, imbécil, tendido junto á ella, los ojos abiertos en lo obscuro, se torturaba el cerebro para salvar el Abismo, sin rozarla con un beso por no turbar su sueño. Este horror supremo, el furor loco, le hizo gritar:

—¡Vas á morir!

Se irguió ella en la butaca, apoyándose en los codos, desnudo el pecho, adelantando el divino rostro, bajo el casco negro de su admirable cabellera.

—¡Sí, eso, lo quiero; estoy harta de ti, de los demás, de mí misma, y de la vida! Para vivir pobre, prefiero morir.

El, cada vez más loco, repitió rugiendo:

—¡Vas á morir! ¡Vas á morir!

Buscaba; daba vueltas por el aposento; no tenía armas. Ni un cuchillo, no más las manos para estrangularla. Y luego él, ¿qué haría? ¿Resignarse á vivir? Un cuchillo hubiera servido para los dos. Vió ella su vacilación de un segundo, y se creyó triunfante, pensando que no tendría valor para matarla. Se echó á reír á su vez, con risa de ironía insultante.

—¡Vamos, vamos! ¿Pero no me matas? Mátame, pues, mátame si te atreves.

De pronto se fijó en la chimenea de palastro, en